

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SANTA JOSEFINA BAKHITA
ESCLAVA Y SANTA**

S. MILLÁN – 2019

SANTA JOSEFINA BAKHITA, ESCLAVA Y SANTA

Imprimatur
Monseñor José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

S. MILLÁN – 2019

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Esclavitud en América.
Santo Domingo de Silos.
La esclavitud musulmana.
Esclavos en Constantinopla.
Negreros musulmanes.
Vida en familia.
El secuestro.
Primera venta.
La huida.
Crueldad sin compasión.
El general turco.
El tatuaje.
Hacia la libertad.
En Italia.
Regreso a África.
De nuevo en Italia.
Instituto de los Catecúmenos.
El bautismo.
Religiosa.
En Schio.
Cocinera.
Sacristana.
Portera.
Viajes misioneros.
Segunda guerra mundial.
Bodas de Oro.
El ángel custodio.
Don de profecía.
Hechos extraordinarios.
Anécdotas.
Su muerte.
Circular de la Madre Provincial.
Beatificación y canonización.
Palabras del Papa.
Santos negros.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de santa Josefina Bakhita es una vida admirable. Con siete años fue raptada por dos negreros musulmanes en Sudán del Sur. Después pasó varios años en continuo calvario, siendo vendida y revendida como esclava y sufriendo los malos tratos de los diferentes amos. Por fin fue rescatada por el cónsul italiano Legnani que la llevó a Italia. Pudo así conocer la libertad y sobre todo tuvo la oportunidad de conocer a fondo la fe cristiana y se sintió feliz de saber que ella, pobre esclava africana, por el bautismo llegaba a ser hija de Dios.

Poco a poco fue surgiendo en ella el deseo de ser religiosa como las religiosas que la habían educado en la fe y fue aceptada. El día de sus votos se consagró a Dios como esposa de Jesús. Para ella era la mayor felicidad jamás soñada, no solo ser hija de Dios, sino también esposa de Jesús, el Señor y dueño de todo el universo. Saber que la había escogido a ella para ser su esposa fue una fuente inmensa de felicidad.

Por otra parte, acostumbrada a obedecer a sus malos amos no tuvo inconveniente con el voto de obediencia. Menos problema tuvo con el voto de pobreza, ya que desde los siete años no había tenido nada propio. Igualmente, por la gracia de Dios pudo ofrecer su castidad y entregarse totalmente al servicio de Dios y de los demás en la vida consagrada.

Algo hermoso de su vida es que supo perdonar de corazón a sus raptadores y a sus dueños crueles que la hicieron sufrir y rezaba mucho por su salvación. Además siempre rezaba por sus padres, hermanos y demás familiares para que la luz de la fe llegara también a ellos.

Cuando ya era ancianita se pasaba horas enteras en oración y adoración ante Jesús Eucaristía, pidiendo mucho por todo el mundo, por los pecadores y en especial por todos sus hermanos de la África negra. Dios le concedió algunos carismas que la hicieron amable y sonriente. La gente la buscaba para pedirle consejos y oraciones y sabemos por los testimonios de los agraciados, que obtuvo de Dios muchas bendiciones y curaciones por sus oraciones.

Nota.- Zanolini se refiere al libro de Ida Zanolini, *Una historia maravillosa*, 2000.

Zanini hace referencia al libro de Roberto Italo Zanini, *Bakhita il fascino di una donna libera*, Ed. San Paolo, 2019.

Sum doc nos lleva a los *documenta* (documentos) del sumario de la *Positio super virtutibus* o a la declaración de los testigos.

ESCLAVITUD EN AMÉRICA

La esclavitud era una práctica común en tiempo del imperio romano. Jesucristo no habla sobre ella, pero san Pablo, sin rechazarla, habla en la carta a Filemón del cristiano esclavo Onésimo, pidiendo a su patrón que lo trate como hermano y como cristiano. Pero muy pronto la Iglesia lucha contra la esclavitud.

Debemos aclarar que los Papas continuamente hablaron contra la esclavitud. Por citar algunos: San Gregorio Magno (+604), Adriano I (+795), Alejandro III (+1181); Inocencio III (+1216), Gregorio IX (+1241), Pío II (+1462), León X (+1521), Pablo III (+1549), Pío V (+1568), Benedicto XIV (+1714), Pío VII, Gregorio XVI, León XIII (+1888).

Al descubrirse América, Colón en su segundo viaje, en 1496, llevó cautivos 300 indios a España, pero la misma reina Isabel la Católica ordenó su regreso, imponiendo por ley la libertad para todos sus súbditos americanos y prohibiendo su esclavitud.

En los primeros años de la conquista no fue fácil imponer la norma de la libertad para todos, porque tanto los indios como los españoles pensaban que era legítima la esclavitud como derecho de guerra. De hecho, los aztecas hacían esclavos y los sacrificaban vivos a sus dioses o se los comían.

Con relación a los negros la situación fue distinta. Los Papas se opusieron, pero muchos teólogos y eclesiásticos la apoyaban para que trabajaran en las haciendas. El tráfico de negros desde África fue realizado por compañías privadas. Los negreros casi nunca fueron españoles. La mayor parte fueron ingleses, holandeses, franceses y otros. Los principales puertos españoles de América que los recibían eran los de Cartagena de Indias en Colombia y el de Veracruz en México.

Henry Kamen, historiador inglés, declaró: *No se puede dudar que la legislación española para los negros como para los indios era la más progresista del mundo en aquella época* ¹.

La Iglesia siempre se preocupó de la evangelización de los esclavos africanos. Como ejemplo tenemos a san Pedro Claver ² en Cartagena de Indias, que fue el gran paladín de la evangelización de los esclavos negros. Bautizó a 300.000 de ellos. La Iglesia para solucionar en parte el problema de la esclavitud

¹ Citado por Cortés López, *La esclavitud negra en la España del siglo XVI*, 1989, p. 188.

² Puede leerse la carta que escribió san Pedro Claver (1580-1654) a su Provincial el 30 de mayo de 1627 sobre su apostolado con los negros de Cartagena de Indias.

de los cristianos europeos por parte de los musulmanes, trató de rescatarlos con dinero que se recogía en los países cristianos. Dios hizo surgir algunos santos como san Juan de Mata, san Félix de Valois y san Pedro Nolasco, que fundaron Órdenes religiosas como los Trinitarios y Mercedarios para la liberación de los cautivos. Actualmente estas Órdenes se dedican especialmente a la liberación de los esclavos del alcohol, la droga, la pornografía y otras lacras sociales.

SANTO DOMINGO DE SILOS

Un gran liberador de esclavos cristianos españoles fue santo Domingo de Silos (1000-1073), especialmente después de su muerte. El escritor, Pero Marín narra una serie de milagros hechos por el santo para liberar a cautivos cristianos de los musulmanes entre los siglos XII, XIII y XIV. Veamos algunos datos.

En 1275 en la batalla de Écija fueron hechos cautivos 7.000 cristianos. En una expedición bélica que hizo el moro Abu Yuzaf capturó 1.500. Otras veces eran razzias de poca envergadura en la que algunas bandas iban a la caza de cautivos, que tomaban desprevenidos cuando cultivaban los campos etc., y así conseguían dinero al venderlos en el mercado o simplemente los tenían como esclavos para hacer las labores del campo u otros trabajos durante el día. En la noche los encerraban en oscuras y profundas mazmorras sin apenas darles de comer y con pesadas cadenas para que no pudieran escapar. Muchos de estos cautivos morían por las malas condiciones de vida, el frío, la mala alimentación, torturas etc. Otros pasaban años de sufrimiento antes de ser rescatados por sus familiares o ser liberados milagrosamente. El principal mercado de esclavos estaba en Granada y en otras ciudades importantes de Andalucía.

La queja general de los que eran liberados era la mala y escasa comida, que consistía normalmente en libra y media (690 gramos de cereales de poca calidad como panizo, zahína, cebada, ordio, etc.). Muy pocas veces les daban otros alimentos más nutritivos. Lo mismo podemos decir con relación al vestido, pues se reducía a simples harapos y deshechos; por lo que pasaban mucho frío, sobre todo, en invierno. En ocasiones, no estaban solos, sino que estaban hacinados grupos de 20, 50 o hasta 60 y 100 en algunos pocos casos. También había mujeres, que generalmente las tomaban para concubinas y para hacer tareas caseras, pero que también metían en las cárceles por la noche para evitar fugas. Las cárceles, donde pasaban las noches, eran subterráneas y sin luz; a veces, pozos abandonados, donde era difícil la fuga por bajarlos con escalera, que después quitaban, dejándolos encerrados con candados. También tenían guardas y perros para vigilarlos. En ocasiones los torturaban para que pagasen un rescate y lo hicieran saber a sus familiares o para que se convirtieran a la fe islámica o por algunas faltas cometidas. Las intervenciones del santo, normalmente eran en

medio de la noche, presentándose con un gran resplandor, diciendo su nombre y el del cautivo para darles confianza. Hacía que se cayeran sus cadenas y que pudieran pasar las puertas de las casas o de la ciudad sin problema, encontrando todas abiertas.

Puede leerse al respecto el libro de Pero Marín: *Los milagros canonizados de santo Domingo de Silos*, Ed. Real Academia Alfonso X el sabio, Murcia, 2008. Pero (Pedro) Marín escribió sobre estos milagros en el siglo XIII.

LA ESCLAVITUD MUSULMANA

Los musulmanes desde el principio de sus conquistas hicieron esclavos siguiendo las enseñanzas del Corán, pues Mahoma afirma que se puede suavizar la esclavitud, pero no abolirla y, por eso, incluso en el siglo XXI, los terroristas musulmanes hacen esclavos a los prisioneros de guerra.

A lo largo de la historia de 1400 años de islamismo, los musulmanes han hecho millones de esclavos cristianos, centenares de millares de mujeres han sido violadas, hombres asesinados, empalados, crucificados y decapitados. Se calcula que la pérdida demográfica de Occidente, a causa de los ataques del islam, superó los cien millones de personas.

Según los historiadores, sólo en el siglo XVI los esclavos blancos raptados por los piratas musulmanes fueron más numerosos que los negros deportados a América. Entre 1530 y 1780, al menos un millón (según otros un millón doscientos cincuenta mil) de cristianos europeos fueron reducidos a la esclavitud por los musulmanes.

Durante más de 300 años los cristianos sufrieron un proceso conocido como *devsirme*, introducido por el sultán otomano Orkhan (1326-1359). Consistía en llevarse periódicamente de los territorios conquistados un quinto de los jóvenes cristianos entre catorce y veinte años. Convertidos al islamismo a la fuerza, estos jóvenes recibían entrenamiento militar y formaban parte del ejército del sultán (los famosos jenízaros). Estas levadas acabaron por ser anuales. Los encargados del reclutamiento elegían a los más robustos y agraciados, pero solían llevarse a más de los prescritos y vendían a los sobrantes a sus padres. Esta institución sólo se abolió en 1656, pero hasta el siglo XVIII siguió otro sistema paralelo, llevándose niños entre seis y diez años para ser entrenados en el serrallo del sultán. El número de los que se reclutaban cada año, según algunos, era de doce mil, otros dicen ocho mil o algo menos. Lo cierto es que era una violación de los derechos de los cristianos y un recordatorio de que sus derechos distaban de ser seguros y definitivos.

Toda ciudad importante del mundo islámico tenía su mercado de esclavos. Desde el momento de su captura hasta que se los vendía, infinidad de esclavos tuvieron que soportar condiciones inhumanas y muchísimos murieron por extenuación o enfermedad. Los más afortunados eran los empleados domésticos, mientras que a otros se les hacía trabajar hasta el agotamiento en las minas de sal, desecando pantanos o en plantaciones de algodón y azúcar. A las mujeres esclavas se las hacía trabajar de prostitutas. Ellas estaban totalmente a merced de su amo, que podía hacer lo que quisiera ya que no hay restricciones en el número de concubinas ni en cuanto a la moralidad con su cuerpo. Los soldados musulmanes tenían permiso para hacer lo que quisieran con las mujeres infieles tomadas como botín.

ESCLAVOS EN CONSTANTINOPLA

En Constantinopla en el siglo XVI había 20.000 esclavos cristianos en casas particulares y otros 10.000 en las cárceles del sultán, esperando venderlos o hacerles trabajar en diferentes oficios productivos. Y esto sin contar los que estaban encadenados a las galeras del puerto como galeotes.

Los navíos corsarios asolaban las riberas de Europa y asaltaban los barcos, llevando a sus países una gran cantidad de esclavos cristianos para venderlos como mercancía humana.

Su comida consistía en pan negro, las más de las veces enmohecido y duro como la madera. Sus ropas apenas cubrían su desnudez y como no se las podían cambiar estaban cubiertos de gusanos e insectos de toda clase. Estaban atados a pesadas cadenas. Y cuando se las quitaban era para hacer trabajos duros sin compasión alguna. Solo tenían un gran mérito: habían rehusado la apostasía.

San José de Leonisa y otros franciscanos sacaron permiso por medio de los embajadores de Francia y Venecia, que tenían comercio con el Sultán, para evangelizar a los esclavos cristianos de Constantinopla.

El padre José y su compañero se preocupaban de limpiar los lugares donde dormían por la noche, que eran lugares sin ventilación, con mucha inmundicia y mal olor. Conseguían medicinas para los enfermos y preparaban a los moribundos para una buena muerte, animándoles para que ninguno renegara de Jesucristo ante tanto sufrimiento. Algunos días iban también en busca de algunos cristianos europeos, comerciantes ricos, para pedirles ayuda para los pobres esclavos.

Eran de muy distintos idiomas, de distintos países de las riberas del Mediterráneo, aunque la mayoría sabía algo de italiano, mezclado con otras lenguas. Por eso, casi todos le entendían al padre José hablando en italiano.

Algunos días se dejaban encerrar con los esclavos para compartir con ellos más tiempo; y poder compartir sus alimentos y su vida en las mazmorras.

Los esclavos que vivían en las casas de sus amos, eran menos maltratados, pues sus amos querían recibir el dinero del rescate, pero eran más fáciles de caer en la tentación de la apostasía para vivir mejor. Muchos debían escoger entre el suicidio por no poder soportar tanto sufrimiento o la apostasía.

NEGREROS MUSULMANES

El comercio *islámico* o comercio de esclavos fue siempre en los países musulmanes una fuente de riqueza fácil. Es por esto que muchos negreros de los países del Norte de África buscaban enriquecerse raptando africanos de las regiones subsaharianas. Según estudios recientes, solo los negreros musulmanes del Sudán del Norte asesinaron o raptaron a más de un millón de africanos de Sudán del Sur. Según estiman los historiadores, entre 11 y 18 millones de africanos negros fueron esclavizados por los negreros árabes musulmanes. Entre estos millones de esclavizados encontramos a san Benito de Palermo (XVI), a sor Teresa Juliana de Santo Domingo (XVIII), a Josefina Benvenuti (XX) y a nuestra santa Josefina Bakhita, de quien trataremos en el presente libro.

VIDA EN FAMILIA

Bakhita nació en torno a 1869. Perteneció a la etnia de los Daju, dedicada a la siembra y cosecha de cereales (maíz, mijo, sorgo) y a la recolección de frutos silvestres, miel y frutas.

La cabaña del padre de Bakhita surgía junto a la del jefe de la aldea que era hermano de su padre. Palmeras, plátanos y enormes baobás protegían a la aldea de los ardientes rayos del sol. Los habitantes eran gente sencilla, fieles a sus tradiciones, profesaban el culto a la familia. Trabajaban los campos roturando la tierra con rudimentarios bastones puntiagudos. Se defendían de los enemigos con arcos y flechas y danzaban al son del tambor. El hechicero, que trataba de curar a base de magia invocando a los espíritus, era una persona muy importante e imprescindible. Decían que predecía el futuro, hacía hechizos y a veces ofrecía a las divinidades hasta sacrificios humanos.

Un día en que hacía mucho calor, había mucha calma en la aldea. Vinieron los negreros a raptar niños y jóvenes y se llevaron a la hermana mayor, casada (que tenía un bebé). Nunca más la volvieron a ver.

Bakhita, que es el nombre que le pusieron los negreros musulmanes, significa en árabe *afortunada*. Ella dictó su *Diario*, a la hermana Teresa Fabris en 1910, ya que ella apenas sabía leer y escribir. En el *Diario* nos dice sobre su vida:

Mi familia vivía en el centro de África, en un pueblo de Dafur, llamado Olgossa, cerca del monte Agilere. Estaba formada por mi papá, mi mamá, tres hermanos, tres hermanas y otros cuatro que yo no conocí, porque murieron antes de que yo naciera. Yo tenía una hermana gemela de la cual nunca supe nada más después de que fui raptada, como tampoco volví a saber nada de mis padres. Vivía plenamente feliz sin saber qué era el dolor. Un día mi madre quiso llevarnos a los campos, donde teníamos muchas plantaciones y animales, para ver si todos los jornaleros estaban trabajando bien, y quería que nosotros, los hijos, fuéramos con ella. La mayor, que no se sentía bien, pidió quedarse en casa con la hermana menor y la dejaron.

Mientras estábamos en los campos, se produjo una gran confusión, gritos y gente corriendo. Imaginamos enseguida que eran los negreros que habían entrado en el pueblo para robar.

Volvimos corriendo a casa y sentimos un gran dolor cuando la pequeña, temblando y aterrorizada, nos contó que los asaltantes se habían llevado a la hermana mayor, y que ella apenas había tenido tiempo para esconderse detrás de la pared de una casa derrumbada; si no, también la habrían raptado.

Recuerdo todavía cuanto lloró mi mamá, y cuánto lloramos también nosotros. Al atardecer, cuando el padre volvió del trabajo, se enteró de lo que había pasado. Se puso muy furioso y enseguida, con sus jornaleros, trató de averiguar por todas partes lo que había sucedido. Pero fue inútil.

No se supo nada más de la pobre hermana. Este fue mi primer dolor y, ¡ay!, cuántos y cuántos me estaban esperando en adelante.

EL SECUESTRO

Tenía unos nueve años (parece que solo tenía 7 años), cuando una mañana, después del desayuno, me fui con una compañera de doce o trece años a pasear por nuestros campos, un poco lejos de casa. Mientras hablábamos de nuestros juegos, teníamos intención de recoger hierbas.

De pronto vimos salir de un arbusto dos extranjeros feos y armados. Cuando estuvieron cerca de donde estábamos nosotras, uno de ellos dijo a mi compañera: “Deja que esta pequeña vaya allí donde empieza ese bosque a traerme un paquete; volverá enseguida, tú sigue por tu camino, y te alcanzará enseguida”.

Es evidente que su plan era alejar a mi amiga de mí, porque si hubiera estado presente en el momento de la captura, habría dado la alarma. Yo no sospechaba nada. Solo obedecí, como hacía siempre con mi mamá.

Apenas entré en el bosque, buscando el paquete que no lograba encontrar, vi a aquellos dos detrás de mí... Uno me coge fuertemente con una mano, con la otra saca de la cintura un cuchillo grande, me pone la punta en un costado y con una voz imponente me dice: “Si gritas, date por muerta. ¡Adelante, síguenos!”; mientras el otro me empujaba con una pistola por la espalda.

Yo me quedé totalmente confundida por el miedo. Con los ojos muy abiertos y aterrorizados empiezo a temblar de la cabeza a los pies, trato de gritar, pero un nudo en la garganta me lo impide: no logro ni hablar, ni llorar.

Empujada con violencia por el bosque denso, por carreteras malas y escondidas, cruzando campos, siempre a un paso veloz, me hicieron caminar hasta la noche. Estaba muerta de cansancio.

Tenía sangre en las piernas y los pies, a causa de las piedras y las espinas del alambre. Sollozaba todo el tiempo, pero aquellos corazones duros no sentían piedad. Finalmente, atravesando una plantación de sandías, que eran muy abundantes en esos lugares, hicimos una buena parada para tomar aliento. Mientras, recogieron algunas frutas y me acercaron un trozo para que lo comiera. Pero yo no podía tragarlo, aunque no había tomado nada desde por la mañana.

Solo tenía en la mente y en el corazón a mi familia. Llamaba a mamá y papá con gran angustia en mi alma. Pero allí nadie me hacía caso. Más aún: me intimidaban con amenazas terribles para que me mantuviera en silencio,

mientras que me hacían seguir, cansada y en ayunas, un viaje que continuó toda la noche.

Apenas empezó a amanecer, entramos en su país. No aguantaba más. Uno de ellos me agarró por una mano y me arrastró a su habitación, me puso en un cuartucho lleno de herramientas y de escombros, pero sin sillas, ni cama, ni mesa; el suelo desnudo tenía que servir para todo. Me dio un pequeño trozo de pan negro y me dijo: “Quédate aquí” y, saliendo, cerró la puerta con llave.

Me quedé allí más de un mes. Un pequeño agujero en lo alto era mi ventana. La puerta solo se abría en instantes breves para darme una comida frugal. Lo que yo sufrí durante ese tiempo largo no se puede expresar con palabras. Todavía recuerdo esas horas de angustia cuando, cansada de llorar, caía exhausta al suelo con un ligero mareo, mientras que la fantasía me llevaba a mis seres queridos, lejos, lejos...

Allí veía a mis queridos padres, hermanos y hermanas, y abrazaba a todos con ternura, contando cómo me habían secuestrado y cuánto había sufrido.

Otras veces, me parecía estar jugando con mis amigos en nuestros campos, me sentía feliz; pero qué desgracia, cuando regresaba a la cruda realidad, en la horrible soledad, me invadía un sentido de aguda desesperación y me parecía que se me rompía el corazón.

PRIMERA VENTA

Una mañana se abre la puerta antes de lo habitual. Después de una pequeña merienda, el patrón me presentó a un árabe, mercader de esclavos, que me compra y me une a otros esclavos suyos. Eran tres hombres y tres mujeres, entre ellos una niña un poco mayor que yo.

Enseguida emprendimos el viaje. Ver los campos, el cielo, el agua, poder respirar el aire libre me dio de nuevo un poco de vida, aunque no supiera qué iba a ser de mí.

El viaje duró ocho días seguidos, siempre a pie: por bosques, por montes, por valles y desiertos. Al pasar por algunos pueblos, se hacía más grande la caravana, que estaba compuesta así: primero, los hombres, después, las mujeres, en filas de dos en dos o de tres en tres, todos unidos por el cuello con una cadena gruesa, cerrada con candado. ¡Ay si alguien se inclinaba o se paraba, pobre de su cuello y del de su compañero! En torno al cuello de cada uno se podían ver llagas grandes y profundas que daban pena.

A los más robustos les colocaban grandes pesos sobre las espaldas, que debían portar millas y millas. Pobres, como si fueran bestias de carga.

Nosotras, las más pequeñas, no teníamos la cadena y caminábamos en la última fila en medio de los patrones. Nos hacían parar solo algún rato a descansar y tomar algo de comer. Allí, quitaban la cadena del cuello y la ponían en el pie, a distancia de un paso uno del otro, para impedir la huida.

Esto nos lo hacían también a nosotras las pequeñas, pero solo de noche. Finalmente, la caravana de esclavos llegó a una aldea mayor que las otras. Tenía cabañas de paja y cabañas de piedra. En una construcción circular más amplia, sin ventanas en las paredes, metieron a los esclavos. Los liberaron de las cadenas del cuello, pero no las de los pies y todos fueron metidos juntos en aquella especie de prisión. La puerta se cerró privándoles del aire y de la luz. Amontonados sobre el duro suelo, entorpecidos por las cadenas, doloridos por las heridas y por los golpes recibidos, su corazón se rebelaba y maldecían y gritaban con desesperación.

Al día siguiente, nuestro jefe y otro hicieron la elección de los más débiles y enfermizos para venderlos inmediatamente por temor a que empeoraran y perdieran la ganancia. ¡Pobres víctimas!

Nosotras dos, las más pequeñas, estábamos cerca porque teníamos atados los pies con la misma cadena. En los momentos en que no nos observaban, nos contábamos la una a la otra cómo nos habían secuestrado. Hablábamos de nuestros seres queridos y eso siempre avivaba en nosotras cada vez más el deseo de volver con nuestras familias. Llorando por nuestra infeliz suerte, elaboramos un plan para huir. El buen Dios, que cuidaba de nosotras sin que lo supiéramos, nos ofreció la ocasión.

LA HUIDA

El patrón nos había puesto en un cuarto separado, y siempre nos encerraba dentro, especialmente cuando tenía que alejarse de la casa. Era casi la hora de la cena. Él, de vuelta del mercado, había traído un camión lleno de mazorcas.

Entonces, viene a quitarnos la cadena y nos manda pelar las mazorcas y dar de comer a la mula. Sin darse cuenta, se alejó sin cerrar la puerta. Estábamos solas y sin cadena. La providencia de Dios: era el momento adecuado.

Fue mirarnos y entendernos, darnos la mano, echar una ojeada al entorno y, viendo que no había nadie, salir corriendo deprisa hacia el campo abierto sin saber a dónde, descalzas, solo con la velocidad de nuestras pobres piernas. Toda la noche fue un correr continuo y temeroso por los bosques y por el desierto. Sin aliento y cansadas, podíamos oír en la oscuridad los ruidos de los animales. Cuando se acercaban, nos subíamos a los árboles para ponernos a salvo.

Una vez, apenas bajamos de nuestro refugio y empezamos de nuevo a correr, oímos el ruido de las caravanas acercándose. Nos escondimos detrás de un espino. Durante dos horas o más, iba pasando un grupo tras otro, exactamente frente a nosotras, pero nadie nos vio.

Era el buen Dios que nos protegía, nadie más. Yo creía que después de haber sorteado los peligros, encontraría enseguida a mis seres queridos. Sufría todo de buena gana y me iba animando.

¡Ay, en cambio, quién sabe cuánto estaba alejándome de ellos, quizá nunca jamás les vería otra vez en esta tierra! Sin embargo, tengo una viva esperanza de poder abrazarlos de nuevo en el Paraíso, porque espero que Dios me conceda que ellos también se hagan cristianos. Esta idea me hace la vida más bella. ¡Oh Jesús, que se haga realidad mi deseo!

Al despuntar el alba, nos detuvimos para tomar aliento. ¡Qué cansadas estábamos! Parecía que el corazón nos iba a estallar en el pecho, el sudor nos caía en goterones por todas partes, el hambre nos perforaba el estómago.

El deseo vivo de ver de nuevo a nuestros seres queridos y el miedo porque nos perseguían, nos daban todavía la fuerza para seguir corriendo, pero cada vez menos. Pero, ¿dónde íbamos a acabar? Hacia el ocaso, vimos una cabaña. El corazón empezó a latir más fuerte. Agudizamos la vista para distinguir si era nuestra casa: no lo era.

¡Cuánta amargura, qué desengaño! Desanimadas, nos paramos allí a pensar, cuando apareció delante un hombre. Llenas de miedo, tratamos de huir; pero él, bloqueándonos el paso, nos preguntó de buenos modos:

—¿Adónde vais?

Nos quedamos calladas.

—Venga, hablad: ¿adónde vais?

Con nuestros padres.

—¿Y dónde están vuestros padres?

Allí, contestamos, indicando confundidas una dirección, sin saber dónde.

Él entonces se dio cuenta de que éramos fugitivas. Bien —dijo—, venid a descansar un poco, después os llevo yo con vuestros padres.

Creuyendo sus palabras, le seguimos hacia la cabaña. Nada más entrar, nos tumbamos en la tierra como muertas. Nos dio de beber un poco de agua, pero estábamos tan agotadas que no pudimos ni sujetarla. Entonces nos dejó solas y estuvimos tranquilas durante una hora.

Después de un corto sueño, nos despertó. Nos dio algo de comer y de beber, y después nos introdujo en un gran redil, lleno de ovejas y de corderos; allí hizo un espacio para poner un catre y, atándonos juntas por los pies con una cadena gruesa, nos ordenó permanecer en ese redil hasta que él nos dijera.

¡Aquí estamos, otra vez esclavas! Bonito modo de ir hacia nuestros padres. Cuántas lágrimas. Cuánto sufrimiento. Nos dejó allí, entre ovejas y corderos varios días, hasta que nos sacó del redil y nos vendió a un mercante de esclavos que pasaba por allí.

Caminamos mucho antes de llegar a la caravana. Fue una gran sorpresa ver, entre los esclavos, algunos de aquellos que pertenecían al patrón del que habíamos huido. Nos contaron cómo se encolerizó al no encontrarnos: lleno de rabia, echaba la culpa y golpeaba a cualquiera con quien se tropezara, y amenazaba con hacernos pedazos cuando nos encontrara.

Ahora reconozco siempre más la bondad del Señor, que me salvó en aquel momento por un milagro. Viajamos durante dos semanas y media, siempre con la misma rutina descrita anteriormente.

CRUELDAD SIN COMPASIÓN

En ese viaje me tocó ver también a un pobre esclavo que sufría tanto que no podía ya ni tenerse en pie. Pidió al patrón que le dejara sentarse y descansar un poco. Pero este no le creía y le golpeaba como si fuera un animal. Lo vi caer al suelo gimiendo: ¡Me muero, no puedo más!

Pero ese ser inhumano no dejaba de golpearle para que se pusiera de pie. Viendo sin embargo que no se podía mover, tuvo que quitarle la cadena que lo ligaba al compañero. El pobre gemía de tal modo que inspiraba compasión. El patrón entonces, muy enfadado, nos ordenó seguir y se quedó con aquel infeliz.

¿Qué hizo con él? Nadie lo volvió a ver. Llegados a la ciudad, fuimos conducidos a la casa del jefe de los árabes. Era un hombre muy rico que ya tenía un gran número de esclavos, todos jóvenes.

Mi compañera y yo fuimos destinadas a ser siervas de sus hijas, que empezaron a apreciarnos. La intención del patrón era regalarnos después a su hijo que se casaba.

Un día el hijo del amo estaba leyendo en una sala contigua y le pidió a Bakhita que le trajera un vaso artísticamente trabajado. Bakhita obedeció, pero al llegar al medio de la sala se le cayó el vaso y se rompió en el suelo. El joven se enfureció, cogió el látigo y la molió a latigazos, puñetazos, patadas, dejándola ensangrentada y desvanecida ante sus hermanas que permanecieron indiferentes ante aquella crueldad. Estuvo un mes sin poder trabajar. Al recuperarse le hicieron trabajar en cosas pesadas, a veces superiores a sus fuerzas y además tuvo que recibir las risas burlonas de las otras esclavas de la casa.

Había una mujer más infeliz que las otras: le habían incendiado la cabaña para hacerla salir y se la habían llevado con su bebé todavía lactante, pero el espanto y el dolor le habían secado el pecho y el pequeñito lloraba de hambre agarrado en vano al pecho de la madre. La pobre mujer lo veía debilitarse e inútilmente pedía a aquellos hombres un poco de leche. Ellos, crueles, le respondían golpeándola. Ella caminaba sin cadena junto a las pequeñas negras, que, viendo en ella a las propias madres y en el bebé a los hermanitos, sufrían con el sufrimiento de ella y hubieran querido ayudarle, defenderla de aquellos criminales. ¿Pero cómo hacerlo?

El bebé gemía y los guardianes se molestaban y descargaban el látigo sobre la madre para que le hiciera callar. Atravesaban una zona rica en pastos. “Dejadme que yo busque una cabra que nutra a mi bebé, que muere de hambre —imploraba la madre —, detened un momento la caravana, terminaré enseguida, salvad a mi hijo”.

Sollozaba la pobrecilla apretando sobre su corazón al bebé al que hubiera querido alimentar con su sangre y que veía que se le moría de hambre. Pero los guardianes eran sordos a la piedad. La sostenía todavía la esperanza de llegar pronto al mercado y ser comprada por un amo más humano y así poder salvar al bebé. Le murmuraba mientras tanto las más dulces y cálidas palabras que el amor materno sabe encontrar, aunque estaba deshecha por el cansancio y extenuada por el sufrimiento, caminaba insensible a la fatiga, a los golpes, a las maldiciones y a las amenazas. Los pastizales terminaron y desapareció la ilusión de hallar una cabra. Ahora les tocaba atravesar una colina empinada y rocosa.

La subida era fatigosa, el terreno desigual, toda aquella pobre gente estaba cansada, dolorida, oprimida por el calor y muerta de hambre.

Llevaban muchas horas caminando sin comer. Las pequeñas negras, exhaustas, se sostenían mutuamente. El bebé gemía, gemía hasta conmover a las piedras. “Haz callar a ese pequeño monstruo —le dijo un guardián— estamos cansados de esa música”. “Tápale la boca, —gritó otro— que reviente”.

La mujer, inclinada para proteger a su criatura, pedía piedad. “Dámelo a mí, que le hago callar ahora mismo”, dijo sarcásticamente el jefe.

Con un inesperado movimiento se lo arrancó a la madre, la cual dando alaridos como una fiera se lanzó hacia el hombre para quitarle el bebé. Pero comprendiendo que a la fuerza nada conseguiría entonces imploró, suplicó: “Devuélveme a mi hijo, no le hagas daño. Crecerá fuerte y tú ganarás con él. Devuélveme mi hijo”. Un brutal empujón la hizo rodar por tierra y aquel demonio, más cruel que las fieras, agarrando el bebé le rompió la cabeza contra una piedra ³.

EL GENERAL TURCO

Después de tres meses de lo que había pasado, me vendieron otra vez a otro patrón. Era un general de la armada turca. Vivían con él su madre anciana y su esposa. Eran bastante inhumanos con los pobres esclavos, que sumaban como treinta, y todos bien elegidos. Los más robustos se utilizaban en los trabajos más cansados en la cocina, en la lavandería y en los campos.

Otra jovencita y yo estábamos al servicio de las dos señoras. No podíamos dejarlas ni un momento. Entre vestir las, perfumar las o abanicar las no se paraba nunca. Y ¡ay de nosotras si, por error o por sueño, tocábamos un solo cabello de las señoras...! Los azotes nos llovían sin misericordia, de modo que, en tres años que estuve a su servicio, no me acuerdo de haber pasado ni un solo día sin llagas: todavía no curada de los golpes recibidos, me caían encima otros sin saber por qué.

Un día, estaba contando a mi compañera cómo había huido del primer patrón. La señora más joven había escuchado todo; con miedo de que quizá intentara una segunda huida, me hizo poner una cadena gruesa a los pies, que tuve que llevar durante más de un mes. Solo me la quitaron con ocasión de una

³ Zanolini, pp. 40-41.

gran fiesta musulmana, cuando era obligado quitar los grilletes a todos los esclavos.

Cada día, los esclavos tenían que despertarse al alba. La esposa del general era tan diligente que a veces se despertaba antes que todos para observar si alguien se retrasaba un solo minuto. Entonces la encontrabas allí, con la correa, y te hacía saltar del dolor, sin tener en cuenta si un infeliz —y esto pasaba a menudo— había trabajado mucho hasta bien entrada la noche.

Los esclavos dormían todos en un barracón grande. Les tenían en ayuno absoluto hasta mediodía, cuando les daban a cada uno una porción de carne guisada, polenta, pan y fruta. Por la tarde, una cena frugal y después el descanso era sobre la tierra desnuda. ¡Ay de aquel que se moviera! Pobres víctimas de la tiranía humana.

Los patrones no se dignaban ni a regalar una mirada a los esclavos: si caían enfermos, se les dejaba abandonados. No había quien pensara en curarlos o ayudarlos. Cuando estaban muriendo, los dejaban tirados en los campos o en el basurero.

¡Cuántos maltratos y golpes recibían los pobres esclavos sin motivo alguno! Por ejemplo, un día estábamos presentes mientras el patrón discutía con su mujer. Él, para desahogarse, nos ordenó a nosotras dos bajar al patio interior. Llamó a dos soldados y los mandó echarnos en el suelo boca arriba, después cogió una vara y con toda su fuerza empezó a flagelarnos cruelmente a las dos, hasta que nos dejó bañadas en sangre. Recuerdo cómo también esa vez la vara, al golpear varias veces sobre el muslo, me desgarró la piel y la carne, me hizo una herida grande y profunda que me obligó a permanecer inmóvil en la cama durante varios meses.

Había que soportar todo en silencio, porque nadie venía a curar nuestras heridas, ni a decirnos una palabra de consuelo. ¡Cuántas de mis compañeras de infortunio murieron por los golpes sufridos!

EL TATUAJE

Era costumbre que los esclavos, en honor del patrón, llevaran en el cuerpo signos o surcos propios tatuados por incisión.

Yo, hasta ese momento, no tenía ninguno, mientras que mis compañeras llevaban muchos también sobre la cara y los brazos. Pues bien, la señora se dio

el capricho de hacer este regalo a aquellas que no habían sido tatuadas. Éramos tres.

Viene una mujer experta en este arte cruel. Nos conduce bajo el soportal y la dueña va detrás con el látigo en la mano. La mujer pide un plato de harina blanca, otro de sal y una cuchilla. Ordena a la primera de nosotras tres tumbarse en el suelo y a dos esclavas de las más fuertes que la sujeten (una de los brazos y la otra de las piernas).

Entonces la torturadora se inclina sobre ella y restriega la harina por el vientre de aquella desafortunada, para hacer unas sesenta señales. Yo estaba allí, observando sin pestañear, pensando que después me tocaría a mí también esa suerte cruel. Acabados los signos, toma la cuchilla y corta en cada uno de los signos que había marcado. La pobrecilla gemía, y la sangre brotaba de cada corte.

Pero no era suficiente. Acabada esta segunda operación, coge la sal y presiona con fuerza cada herida, para rellenar cada corte (con el fin de mantener las llagas abiertas).

¡Qué espasmos, qué tormento! Temblaba la infeliz, y temblaba yo también, esperando por desgracia lo mismo. De hecho, una vez que la llevaron sobre su cama, me tumbaron en su lugar. No tenía aliento ni para moverme; pero una mirada fulminante de la dueña y el látigo amenazante me hicieron tumbarme inmediatamente en la tierra. La mujer, que tenía la orden de respetarme la cara, comienza a hacerme seis largos cortes sobre el pecho (cicatrices que me duran todavía), y después sobre el vientre hasta sesenta, y sobre el brazo derecho cuarenta y ocho. En total 114 incisiones. No tengo palabras para expresar cómo me sentí. Me parecía que me moría en cada momento, especialmente cuando me echó la sal.

Inmersa en un charco de sangre, me dejaron sobre la cama. Perdí el conocimiento durante varias horas; no sé cuántas... Cuando recuperé la consciencia, me vi al lado de mis compañeras que, como yo, sufrían atrocemente.

Durante más de un mes, las tres estuvimos condenadas a permanecer allí, acostadas sobre la estera, sin poder movernos, sin un trapo con que secar el agua que salía continuamente de las llagas semiabiertas por la sal.

Puedo decir con seguridad que si no estoy muerta es por un milagro del Señor, que me había destinado a cosas mejores.

Cuando estuve recuperada, un día, el general turco me agarró con fuerza por las partes salientes del pecho y comenzó a retorcerlas como si fueran trapos lavados. Yo me desmayé y por aquel día me dejó en paz, pero al día siguiente y en otros dos sucesivos volvió a la carga. El amo retorció esta pobre carne mía tan martirizada y yo debía estar quieta sin un lamento, de otra manera hubiera sido azotada ⁴.

Después de varios meses de ausencia, el general volvió a Kordofán decidido a viajar a su pueblo, en Turquía. Entonces hizo los preparativos para la salida, y como tenía un gran número de esclavos, eligió diez, entre los cuales estaba yo. Los demás fueron vendidos.

Aquel viaje contrariaba a la madre y a la esposa del general turco. Estaban furiosas y descargaban su ira contra Bakhita, que pudo ir en camello. Era la primera vez que disfrutaba de esa comodidad. Llegaron a Jartum. Era una gran ciudad con 40.000 habitantes entre árabes, judíos, negros, esclavos y europeos. Su clima era malsano. En los ríos había muchos cocodrilos y el aire estaba lleno de mosquitos. El general comunicó que disponía de esclavos para vender.

HACIA LA LIBERTAD

Se presentó el agente consular italiano, llamado Calixto. Quiso que yo le llevara un café. Le vi examinarme con mucha atención de la cabeza a los pies, pero no imaginaba que estuviera pensando en comprarme. Lo entendí solo a la mañana siguiente, cuando el general turco me ordenó seguir a la sirvienta del cónsul, ayudándola a llevar un bulto.

Calixto Legnani le aclaró: *Aquí nadie te hará daño, nadie te golpeará. Tú serás buena y ayudarás en los quehaceres de la casa y en los diversos servicios y aprenderás muchas cosas buenas. Te vamos a querer.* Bakhita parecía estar en la gloria. Después de dos horas, la señora ama de llaves la bañó, la peinó y la adornó con pequeñas perlas de cristal y broches lucientes. También le puso aros dorados en los brazos y en las piernas. Por primera vez llevaba un vestido para cubrir su pobre cuerpo de esclava.

Bakhita le habló al cónsul de la gran pena que tenía. Quería regresar a su casa con los suyos. El cónsul con gran espíritu de caridad hizo investigaciones sobre su tribu, pero con los pocos datos que Bakhita le supo dar no encontró nada. De todos modos, en casa del cónsul encontró en él un padre bueno y la señora, ama de llaves, fue para ella como una madre que la cuidaba y le enseñaba

⁴ Sum doc, p. 374.

las cosas más imprescindibles para ser una buena ama de casa. Y dice Bakhita: *Esta vez fui de verdad muy afortunada, porque el nuevo patrón era muy bueno y me apreciaba mucho. Mi trabajo era ayudar a la sirvienta en las tareas domésticas, no recibía reproches, ni castigos, ni palizas. Me parecía un sueño poder gozar de tanta paz y tranquilidad.*

Pasaron algo más de dos años sin cambio alguno. Cuando de pronto llamaron al agente consular desde Italia por negocios urgentes. No sé por qué: cuando oí nombrar Italia, cuya belleza y encantos no conocía, me nació en el corazón un deseo muy vivo de seguir al patrón. Él me apreciaba y yo me atreví a preguntarle si me llevaría a Italia con él.

Me explicó que el viaje era muy largo y costaba mucho. Pero yo insistí tanto que al final accedió. Salimos el 26 de enero de 1885. Que esto era de Dios, lo supe después. Todavía saboreo la alegría que sentí en ese momento. Sí, salí. Íbamos: el cónsul y un amigo suyo, un morenito y yo. En una caravana, tras algunos días de viaje en camello, llegamos a Suakin.

Después de más o menos un mes, el cónsul y su amigo recibieron la triste noticia de que un grupo de revolucionarios, seguidores del Mahdi, que se creía el nuevo profeta para someter toda la región al Islam, había entrado en Jartum, había saqueado todo y se había llevado todos los esclavos. Si me hubiera quedado allí, seguramente habría sido raptada también yo, y, ¿qué habría sido de mí? ¡Cuántas gracias te doy, Señor, por haberme salvado una vez más! Al cónsul y también al otro señor les robaron todo y estaban abatidos.

EN ITALIA

Después de estar un mes en Suakin, hicimos el viaje en barco, pasando por el Mar Rojo y otros mares hasta Génova. Allí nos alojamos en un hotel, cuyo dueño, conocido del amigo del cónsul, le había manifestado que quería un moreno, por lo que le cedió inmediatamente a aquel que había sido mi compañero de viaje.

La mujer del amigo (María Turina Michieli, rusa de nacimiento y de religión ortodoxa) que había venido a recibirle, mirándonos a nosotros los negros, preguntó a su marido por qué no había traído una morena para ella y su hijita. El cónsul, para contentar al amigo y a su mujer, me ofreció como regalo a ellos. Poco tiempo después, continuamos el viaje.

El cónsul se dirigió a Padua. Nunca más volví a saber de él. Mis nuevos patronos y yo nos dirigimos a Zianigo (Mirano-Veneto) donde, durante tres años,

fui la niñera de Mimmina, nacida el 3 de febrero de 1886. Me apreciaban, y yo, naturalmente, sentía lo mismo hacia ellos.

REGRESO A ÁFRICA

Después de dos años en Italia la familia Michieli decidió regresar a África, ya que el señor había comprado un hotel en la ciudad portuaria de Suakin. Bakhita tenía que dividir su tiempo entre cuidar a Mimmina y servir en el bar del hotel hasta altas horas de la noche en medio de gente de distintas razas, a veces hombres corruptos y borrachos, pero su actitud reservada la preservaba y por eso dirá más tarde: *Nunca nadie osó faltarme al respeto* ⁵.

Después de nueve meses, el señor Michieli, viendo que los negocios prosperaban, decidió vender sus propiedades en Italia y establecerse definitivamente en Suakin. Decidió enviar a Italia a su mujer con la niña para vender con la ayuda de Checchini todas sus posesiones. Bakhita se quedaría en el bar, pero Mimmina tuvo una tremenda rabieta, si no iba Bakhita con ella y, por eso, tuvieron que ceder y aceptar que también fuera a Italia Bakhita para cuidar a Mimmina.

DE NUEVO EN ITALIA

Como no conseguían vender rápidamente las propiedades, la señora decidió volver a Suakin a finales de 1888. La señora quería regresar solo con su hijita; pero de nuevo la niña hizo sus rabietas para no separarse de Bakhita. Al final la señora decidió que ambas se quedaran y se alojaran en el Instituto de los Catecúmenos, dirigido por las madres canosianas. El señor Checchini, estaba decidido a pagar la pensión de Bakhita, si la señora no lo hacía. Y así se arregló el asunto.

Iluminato *Checchini* era un hombre de buen corazón y buen católico. Era el brazo derecho de su párroco y dirigía la *schola cantorum*, organizaba peregrinaciones a Roma, Loreto y otras partes. Además era el administrador de los bienes de la familia Michieli en Italia. Este buen señor al conocer a Bakhita, la hizo sentir como en su casa y quiso que fuera como una más de su familia. Y así lo fue durante toda su vida. Y como buen cristiano, se preocupó de su formación cristiana, pues Bakhita no sabía nada de religión. Ella dijo en una ocasión: *Yo no sabía nada de los ídolos. Solo mirando a las estrellas tan*

⁵ Sum doc, p. 145.

*hermosas y al sol tan luminoso repetía: “Yo amo a quien ha hecho estas cosas tan maravillosas”*⁶.

El señor *Checchini* prácticamente la adoptó como hija y le dijo claramente a *Bakhita*: *Mi casa es tu casa. Yo y mi mujer te consideramos nuestra, mis hijos te llaman hermana y te quieren mucho. A mi muerte tendrás tú también tu parte en lo poco que poseo y la providencia no nos faltará a ninguno. Ahora no llores y piensa en llegar a ser hija de Dios.*

INSTITUTO DE LOS CATECÚMENOS

Lo primero que le dijeron a *Bakhita* las hermanas fue: *¿Te agradaría conocer a Dios?* Ella respondió sin vacilar: *Sí, sí.* Así comienza para ella el camino de la luz de Dios en su alma. Lo que más le conmovió fue el saber que ella era amada por ese Dios desconocido a quien estaba buscando y que era el dueño del sol y las estrellas y de todo lo creado. Y después, saber que ella podía ser hija de Dios, hija del mismo Señor y Dueño del universo por el bautismo. Era algo que no podía entender bien. Ella tan indigna, una esclava, negra, tan poca cosa, ¿podía ser hija de Dios?, ¿podía Dios amarla, si nadie la había amado fuera de su familia?

Bakhita estuvo cuatro años en el Instituto de los Catecúmenos. *Julia Della Fonte* escribe: *En 1888 era yo una niña cuando Bakhita llegó a los Catecúmenos. La vi por primera vez desde el balcón de mi casa, que estaba frente al cuarto donde se guardaba la ropa de las hermanas. Las ventanas estaban abiertas y vi a esta persona negra que llevaba de la mano a una chiquilla (Mimmina). Imaginad mi sorpresa y mi deseo de verla de cerca.*

*Un día me acompañaron al Instituto y la vi, la acaricié; pero no sabía decirle nada y ella no dominaba nuestro idioma. Me familiaricé enseguida con la chiquilla que ella cuidaba y todos los días pude pasar con la pequeña algunas horas de esparcimiento. Para vigilarnos estaba siempre la Negrita, con la cual yo también llegué a tener mucha confianza. Era buena, gentil, sonriente siempre, pero su sonrisa me parecía distinta de la de los demás; me parecía una sonrisa triste. Para con la pequeña ama tenía mucha ternura y ésta manifestaba estar muy encariñada con ella. Quería, a menudo, que yo también besara a su *Bakhita* y le dijera que era bella y buena y yo lo hacía con mucho gusto*⁷.

⁶ Sum doc, p. 346.

⁷ Sum doc, p. 356.

*Desde la ventana de su cuarto en el Instituto del Catecumenado ella podía contemplar la iglesia de la Virgen de la Salud, erigida por el pueblo veneciano en honor a María para agradecer la liberación de la peste que asoló a la ciudad en 1630. En esta basílica había un icono oriental de la Virgen negra con el niño, negro también, ante el que le gustaba rezar. Un significativo espejo en el que mirarse. Quizás fuera esa la razón por la que mantuvo una devoción particular a María, y recordaba con cariño que su cuarto estaba situado a la sombra de la Virgen*⁸.

Un día se presentó la señora Turana y quiso que Bakhita regresara con ella y la niña a Suakin; puerto sudanés del Mar Rojo, pero Bakhita no quería por nada del mundo, pues no quería exponerse a perder su fe recién adquirida, ya que en el hotel de los Michieli en Suakin debía atender el bar hasta altas horas de la noche y tratar con hombres borrachos o inmorales. Tuvo que intervenir el procurador del rey para declararla libre, porque en Italia no existía la esclavitud. También fue apoyada por el Patriarca de Venecia, cardenal Agostini. La señora Turana, que había movido a todos sus amigos a su favor, no pudo hacer nada y se fue con su niña, desesperada, como si Bakhita fuese una ingrata que no quería responder a sus ayudas y buen trato; pero Bakhita pensaba en su fe recién estrenada y no quería perder por nada del mundo el amor de Dios. Era el 29 de noviembre de 1889.

EL BAUTISMO

El 9 de enero de 1890 día de su bautismo, la capilla del Instituto estaba repleta de gente. El Patriarca de Venecia le administró el bautismo, siendo bautizada con los nombres de Josefina Margarita Fortunata María Bakhita. Su padrino de bautismo fue el conde Marco Soranzo en representación de su esposa, que estaba enferma. La madrina de la confirmada fue Margarita Donati.

El cardenal le dijo en la ceremonia: “He aquí la vestidura blanca que llevarás inmaculada hasta la muerte para presentarla así en el Tribunal de Jesucristo, Nuestro Señor, y recibir de Él la vida eterna”.

Y entregándole la vela: “Recibe la lámpara encendida, guarda por siempre intacta tu luz, a fin de que cuando el Señor te llame a las bodas eternas, puedas salirle al encuentro, gozosa, en compañía de los santos, para gozar la vida eterna en el reino de los cielos. Vete en paz y que el Señor esté contigo”.

“Así sea”. Al pronunciar estas palabras la voz de Bakhita tiembla de emoción. La ceremonia del bautismo ha terminado: ella es Hija de Dios.

⁸ Diario, p. 15.

El cardenal, revestido para la misa, le administra la confirmación, después da comienzo la misa solemne. Arrodillada con la Superiora y la Madre Fabretti en un banco cubierto de terciopelo rojo. Bakhita, envuelta en un velo blanco, espera temblando a Jesús.

Espera ansiosa el abrazo divino y reza: “Ven Señor, ven pronto Señor, ¡yo te amo!”. La hostia santa se posa finalmente sobre su lengua, inclina ella la cabeza, cruza las manos apretadas sobre el pecho y, olvidándose de toda otra cosa, saborea la suave alegría, que sólo Jesús puede dar. Calla el canto, se esfuman las notas del órgano, la misa ha terminado,

Bakhita piensa en sus seres queridos y en todos los pobres negros de la tierra e implora que también ellos conozcan a Dios. Habla a Jesús de Mimmina, de su Mimmina y de la señora que le ha permitido hacerse católica y de los Checchini y de las buenas Madres que tanto la quieren; reza por todos y exclama: “Señor, soy tuya y lo seré para siempre; pero te pido, hazme morir, antes de permitir que yo deje esta tu casa, este lugar seguro para mí”⁹.

Su amiga Julia recuerda: Ese hermoso día del bautismo yo estaba en primera fila en la capilla del Instituto, inmóvil, atenta a la solemne ceremonia. No sé decir lo que sentí en aquella hora feliz; aunque niña, estaba muy emocionada.

Terminada la función fui invitada con mi mamá y una tía a tomar un refresco en la sala. Además del cardenal Agostini había bastantes sacerdotes y muchos señores y señoras. Yo permanecía un poco alejada, pero al mismo tiempo trataba de hacerme ver por la Negrita. Quería acercarme a ella y besarla, como lo habían hecho las Madres y las señoras. Ella me vio, me sonrió, me llamó y me besó y yo, feliz, estuve siempre con ella. Me parecía ser un personaje importante y hubiera querido que la fiesta no terminara nunca. Recuerdo que había dulces y bebidas, que no probé. Tampoco la Negrita, que ahora llamaban Josefina, comió nada. Cuando todos se habían ido, el Rector de los Catecúmenos, don Jacopo dei Conti Avogadro, anciano y santo varón, la invitó a comer y también a mí¹⁰.

La señora Della Fonte continúa: “Comimos nosotros tres, servidos por el ama del sacerdote. Josefina estaba feliz. En su rostro no existía ya aquel aire de tristeza que siempre tenía. Parecía transfigurada. Hablaba poco, pero la felicidad se le transparentaba en todas sus acciones, en todas sus palabras. Yo le

⁹ Zanolini, pp. 144-145.

¹⁰ Sum doc, pp. 356-357.

preguntaba qué había sentido en su interior durante la ceremonia, pero ella no sabía responderme y no hacía más que acariciarme y sonreír. Recuerdo que le besé las manos pensando que fuera santa. En casa me habían dicho que el bautismo nos hace santos, lava las manchas y hace al alma blanca, blanca. Yo miraba a Josefina en el rostro y buscaba descubrir su alma blanca”¹¹.

Después de la comida, Bakhita volvió al Instituto donde fue un entrar y salir de gente para verla. Ella sonreía a todos, pero parecía ausente, absorta, extraña a las cosas de este mundo.

Cuando hacia el atardecer, la gente la dejó finalmente en paz, fue a la Madre Fabretti, se le lanzó con los brazos al cuello y desahogó sus sentimientos con el llanto. “Así pasó Bakhita la fiesta de su redención”, concluye la señora Julia Della Fonte”¹².

Otro día importante de su vida, además del día de su bautismo, fue el día en que se consagró a la Virgen y recibió la medalla y la cinta azul de las Hijas de María¹³. Ese día le ofreció a la Virgen unos pendientes de oro que le habían regalado, quizás el cónsul o los señores Michieli¹⁴.

RELIGIOSA

Ella misma escribió: Cuando comprendí que el Señor me llamaba a la vida religiosa sufrí mucho porque no sabía explicarme. Me consideraba indigna y, siendo de raza negra, estaba convencida que sería una deshonra para el Instituto y que no me aceptarían. Recuerdo que oré mucho a la Virgen y ella me dio fuerza para manifestar al confesor mi angustia y mi lucha que tenía una duración de dos años¹⁵.

El confesor me sugirió que se lo dijera a la Superiora de la Casa Madre de Verona, Madre Ana Previtali. Ella no solo aceptó mi petición, sino que me manifestó su deseo de vestirme con el hábito religioso canosiano.

El *Instituto de las Madres canosianas* había sido fundado por santa Magdalena de Canosa para el servicio de los pobres. Inició su obra en Verona el 8 de mayo de 1808. Magdalena fue beatificada el 8 de diciembre de 1941 y canonizada el 2 de octubre de 1988. Ella personalmente se dedicó a la educación

¹¹ Ib. p. 357.

¹² Ibídem.

¹³ Sum doc, p. 205.

¹⁴ Ib. p. 72.

¹⁵ Sum doc, p. 98.

de las niñas pobres, a la catequesis religiosa en las parroquias y a la asistencia espiritual a los enfermos en los hospitales.

Bakhita nos dice: *El 7 de diciembre de 1893 entré el noviciado en la Casa del Catecumenado de Venecia. La maestra de novicias era mi catequista del bautismo, Madre Fabretti.*

Durante el noviciado, dice una compañera: Yo la admiraba por su espíritu de piedad y por su espíritu de sacrificio, porque era siempre la primera en ayudar. Otra informa: Durante el prenoviciado fue un ejemplo para todas por su exactitud y por su virtud.

Profesaba una inmensa gratitud al Instituto que la había recibido y su mayor pena era el temor de ser una carga, especialmente cuando estaba enferma. Pero aún entonces, por el espíritu de pobreza que la animaba, trataba de ser útil desenredando madejas, haciendo mil trabajitos de punto, de ganchillo, juguetes varios con perlitas para dar en premio a las niñas. Todas las Hermanas le llevaban trabajos y trabajitos que no lograban terminar y ella sonreía diciendo: “Dejadlo en el cestillo” y después trabajaba y trabajaba, feliz de poder ayudar. Declara la Madre Noemi Raccanello: “Era fiel al voto de pobreza emitido en la Congregación. La he visto siempre atenta a no estropear vestidos, a remendarlos hasta lo imposible, a no malgastar la luz y agua. Prefería los vestidos más gastados. Jamás manifestó apego a las cosas, ni deseos de algo superfluo. Era un ejemplo para todas nosotras por su espíritu de pobreza”¹⁶.

Estaba contenta de todo, todo le parecía demasiado y exclamaba menudo: “¡Oh, si los pobres negros tuvieran lo que yo tengo!”¹⁷. No se consideraba pobre, más bien rica: “¿Yo pobre? —exclamaba— no, ciertamente, yo no soy pobre porque pertenezco al Señor y estoy en su casa. Pobres son los que no son del Señor”¹⁸.

No faltó nunca a la virtud de la justicia. Confesó muchas veces que nunca había robado, ni siquiera cuando, como esclava, sufría hambre y hubiera podido impunemente agarrar cosas para comer. A la Superiora, Madre Teresa Martini, que le hacía observar que haber agarrado lo necesario en su caso, no hubiera sido robar, ella le respondió prontamente: “No eran cosas mías, eran del patrón”¹⁹.

¹⁶ Sum doc, p. 131.

¹⁷ Ib. p. 384.

¹⁸ Ib. p. 420.

¹⁹ Ib. p. 48.

En su vida de comunidad era especialmente obediente a las Superiores. La Superiora representaba para ella al Patrón (Patrón), a Dios, y ella quería hacer siempre a voluntad de Dios. Algunas ancianas la recordaban siempre humilde, silenciosa, inclinada sobre el bastidor de bordar, rodeada de muchachas a quienes enseñaba con amor y paciencia.

Ella cuenta: *Pasado año y medio de mi entrada al noviciado me llamaron a Verona para tomar el hábito. Fue un día glorioso. La Madre general quiso ser quien me impusiera el hábito en la Casa Madre del Instituto. Era el 21 de junio de 1895 en la hermosa iglesia del convento de San José de Verona junto a la tumba de la fundadora. Yo, con profunda emoción besaba y vestía el hábito canosiano. La Superiora con las tijeras me cortó en forma de cruz mis cabellos, sonreí, ofreciendo feliz mi bella y ensortijada cabellera que, adornada, había sido la admiración de mis amos.*

Después de tres años de su ingreso al noviciado, era el momento de la profesión de sus votos religiosos y llegar a ser esposa de Jesús. El cardenal Patriarca de Venecia, futuro Papa Pío X, habló con ella antes de sus votos y la animó: *Pronuncie los santos votos sin temor. Jesús la quiere. Jesús la ama. Ámelo y sírvalo siempre.*

Le parecía vivir un cuento de hadas. Por la profesión religiosa, no solo iba a ser hija de Dios, que ya lo era por el bautismo, sino algo jamás imaginado por ella. Iba a ser esposa de Jesús. Ella, la humilde pastorcita, perdida en un valle desconocido y sin ningún mérito, había sido escogida por el rey del cielo para ser su esposa. Parecía un cuento, pero iba a ser una hermosa realidad, que se cumplió el 8 de diciembre de 1896 en Verona, al pronunciar sus tres votos de pobreza, castidad y obediencia.

Ese mismo día por la tarde se fue a la capilla y, ante la tumba de su fundadora, se ofreció como víctima por la salvación de su pueblo. Ninguna exterioridad ni dramatismo, ninguna ceremonia especial. Solo estaban presentes Dios Trinidad, la Virgen y todos los santos y ángeles del cielo para recibir la ofrenda total de su vida para siempre en favor de su familia y de todo su pueblo de África.

A veces decía: *Oh, si todos los africanos pudieran gozar de las gracias que yo he recibido. En África se sufre mucho y se ignora que hay un Dios que puede recompensar y premiar. También yo he sufrido mucho sin pensar en una vida mejor. Qué distinto cuando pude comprender la vida espiritual. Siento haber perdido tanto tiempo sin padecer por Dios*²⁰.

²⁰ Sum doc, p. 36.

Ruego al Señor que envíe misioneros y misioneras al centro de África, donde estaba yo. Mantengo siempre la esperanza de que mis seres queridos conozcan al Señor. ¡Ay, si mis seres queridos supieran donde estoy!

Si pudiera volar allá abajo hasta mi gente y predicarles a grandes voces tu bondad, Señor, cuántas almas te llevaría. A mi mamá, papá, a mis hermanos, parientes y a mi hermana todavía esclava, a todos, a todos los pobres de mi África.

En una ocasión le preguntaron qué haría si se volviese a encontrar a los que la esclavizaron y la torturaron. Ella respondió: *Me arrodillaría para besar sus manos, porque, si no hubiera sucedido esto, ahora no sería cristiana y religiosa.* El perdón le dio la paz necesaria para poder vivir una vida en paz y transmitir amor y paz a los demás.

Hablando de sus captores decía: *Pobrecitos, quizá no sabían que me estaban haciendo tanto mal. Eran los patrones y yo la esclava. Rezo mucho por ellos, porque el Señor tan bueno y generoso conmigo lo sea también con ellos, que puedan conocerlo y así encontrarnos todos allí arriba en el paraíso* ²¹.

EN SCHIO

El Patriarca de Venecia habló un día con la Superiora y consideró que sería oportuno destinar a Bakhita a otra casa a ver cómo reaccionaba. Fue llamada por la Superiora, estando presente la Madre Fabretti, y le dijeron que iba destinada a la Casa de Schio. Ella les sonrió y, aunque se asomaron sus lágrimas por el dolor de la separación, aceptó cumplir la voluntad de su Parón (Patrón), es decir, de Dios.

En Schio, ciudad de unos 20.000 habitantes en la región de Véneto, las canosianas tenían un jardín de infantes, escuelas elementales, escuela de enseñanza media y magisterio. También tenían internado, orfanato, un laboratorio, escuelas de formación profesional, de corte y confección, de zurcido, de bordado...

Ella llegó el año 1902. Bakhita sabía hacer de todo: trabajos pesados y rudos como trabajos finos. Dominaba bien el arte del bordado y hacía maravillas. La gente le decía con cariño *Madre Morenita o Madre negrita.* La Superiora

²¹ Diario, p. 94.

necesitaba con urgencia una persona responsable de la concina y la nombró cocinera oficial.

COCINERA

La cocina era un gran salón en el semisótano, con un gran fogón y algunos hornos de carbón, era todo. Y Bakhita con sólo tres huérfanas que le ayudaban por turno, debía pensar en la comida de la numerosa comunidad, de las no menos numerosas internas, de las huérfanas, de los pequeños del jardín de infantes y de las escuelas. Estaban además las enfermas que necesitaban dietas especiales. Se necesitaba de veras un gran espíritu de sacrificio, virtud de buena ley, delicadeza y exquisita caridad.

Bakhita demostró tener todas estas dotes y también una capacidad de la que muchos habían dudado, olvidando que el amor de Dios hace milagros. Su caridad tenía matices conmovedores y edificantes.

En la cocina reinaba el orden y la limpieza; todo estaba bien organizado. Con calma y con suave paciencia llegaba a todo, y, como quería la Fundadora: “no descuidaba nada, no se olvidaba de nada”. Soportaba la vivacidad de las huérfanas que la ayudaban y las excusaba en las cosas que rompían, echándose la culpa a sí misma. Se ingeniaba para enseñarles, pensando en lo que tendrían que afrontar en la vida y procuraba sembrar en su corazón el bien. Las amaba y hasta las divertía para hacerles el trabajo menos pesado y aburrido. Por eso las huérfanas se hallaban a gusto con ella y, a menudo, reñían disputándose trabajar en la cocina.

Recuerdo —atestigua una hermana— la exquisita caridad de la Madre Bakhita en el oficio de cocinera: Era atenta con todas, y particularmente con las hermanas y las niñas necesitadas de especiales cuidados o enviadas a la casa de Schio para recuperar las fuerzas en el período de convalecencia. Una se quedaba maravillada y conmovida de sus atenciones, de la puntualidad y habilidad en preparar cuanto era necesario y en prevenir hasta los deseos sin darse ninguna importancia²².

Y otra hermana cuenta: “Por muchos años fue la cocinera y en ese, como en los otros oficios, brilló su delicada y atenta caridad. En invierno tenía detalles exquisitos: basta decir que calentaba los platos para que la sopa no se enfriara al servirla, y las hermanas y las niñas no tuvieran que tomarla fría²³.”

²² Sum doc, p. 341.

²³ Ib. p. 379.

Una de sus ocupaciones era la de sustituir a las Madres de la escuela materna en la hora de almuerzo. Disfrutaba muchísimo en medio de los niños, los predilectos de Jesús. ¿Le recordaban, quizá, a su Mimmina?

Quien pensara que siendo tan negra les infundiría miedo, está equivocado. Con todo, la primera vez que la veían corrían a agarrarse a las Madres, escondiendo la carita asustada entre los pliegues del hábito, pero bastaba que se dieran cuenta de que sonreía para que desapareciera el susto. Su bondad era tal que atraía hasta a los más tímidos. Algunos le lamían las manos, creyéndola de chocolate como los muñequitos expuestos en los escaparates de las pastelerías; otros la restregaban con los deditos para ver si los ennegrecía.

Después de los primeros días la Madre Negrita era la amiga de todos. Sabía hacerse pequeña, sencilla como ellos, sabía comprenderlos, jugar, gozar y también hacerse entender. Sentada en medio de aquellos duendecillos vestidos de blanco, formaba un cuadro gracioso, sugestivo. Ella les contaba historias y todos aquellos niños estaban pendientes de sus labios, a pesar de su voz gutural y su lenguaje sin gramática. Se los ganaba hasta tal punto que, cuando algunos lloraban inconsolables porque los había dejado la mamá o por las acostumbradas pequeñeces de los niños, era necesario llamar a la Madre Negrita. Sólo ella tenía el secreto de consolarlos y de cambiar su llanto en una bella sonrisa ²⁴.

Estaban, además los más pequeñitos, que no comían la papilla si no se la daba ella en la boca. Era bello verla en aquel acto materno, sonriente, amorosa, paciente y atenta. Cuando la veían atravesar los patios la llamaban a gritos: “¡Made Negita, Made Negita!” (Madre Negrita). La hubieran querido siempre con ellos. Ella los saludaba con la mano, les sonreía, les mandaba besos y escapaba de prisa. Los pequeños le correspondían con besos y sonrisas, y aún después de que había desaparecido, la seguían llamando: “¡Made Negita bella! ¡Made Negitaaa, ven!” ²⁵.

SACRISTANA

Después de estar varios años de cocinera la nombraron sacristana. Tuvo mucho cuidado de las cosas sagradas y tenía la oportunidad de pasar largas horas ante Jesús sacramentado.

²⁴ Zanolini, p. 177.

²⁵ Zanolini, p. 178.

Durante la guerra de 1915-1918, un ala del hospital fue dedicada a hospital militar y allí Bakhita ejerció su apostolado con los soldados, que se extrañaban de ver una religiosa negra. Ella les contaba algo de su vida y aprovechaba para darles algunos consejos saludables.

El Padre Cesaretti, capellán militar, refiere: *“En los años que pasé en el hospital N° 55 de la C.R.I. establecido en el Instituto de las canosianas de Schio, conocí muy bien a una hermana africana, llamada por todos Madre Negrita. Se presentaba con humildad admirable y con una sencillez de paloma. Una de sus ocupaciones era la sacristía. Su gran precisión y exactitud en este oficio revelaban su profunda fe en la Eucaristía. Con mucha satisfacción y alegría preparaba el altar y los objetos litúrgicos y vestiduras para la santa misa. Un día bromeando le dije: “¡No toque el alba porque con sus manos negras la va a manchar!”. Ella con simplicidad infantil abrió las manos: “¡Mire, Padre — exclamó— están limpias!”. Me emocioné ante aquel acto tan humilde y sencillo”*²⁶.

Fue una sorpresa para los primeros soldados que llegaron, y lo seguiría siendo para los que llegaban después, encontrar una hermana negra, y cuando podían la rodeaban para saber cómo y porqué se encontraba en Schio. Sabiendo después que procedía de la esclavitud, se acercaban curiosos para conocer su historia. Ella, con permiso siempre de la Superiora, los contentaba con sencillez y complacencia, haciendo resaltar la bondad del Señor que la había conducido a Italia para hacerla su esposa. Aunque hablaba en su incorrecto dialecto véneto, todos la escuchaban conmovidos, llenos de admiración por la pobre criatura inocente, que había sufrido tanto, y la consideraban un alma excepcional.

Terminado el relato de su historia, Bakhita nunca se olvidaba de recordar a aquellos soldados las verdades eternas y la necesidad de amar y servir a Dios, de conservar el alma limpia del pecado porque la muerte, que especialmente en tiempo de guerra está siempre encima, podía atraparlos y perderlos eternamente.

Los soldados escuchaban con reverencia aquellas exhortaciones que ciertamente darían buen fruto. Cuando escuchaba a alguno blasfemar, fuera un simple soldado o un oficial, le llamaba la atención y lo amonestaba, pero de manera dolorida y persuasiva que lo inducía a reconocer la grave ofensa hecha a Dios y a arrepentirse.

“Confíesese —le exhortaba Bakhita— está siempre en peligro y si muriera sin haber recibido el perdón de Dios, ¿qué sería de su alma?”. Sin

²⁶ Sum doc, p. 388.

darse importancia esparcía entre los soldados la semilla de la verdad y encendía en su corazón el deseo de Dios ²⁷.

PORTERA

En 1992 la enviaron a la portería, donde se encontraba con mucha gente que pedían oraciones y le contaban sus problemas. Para todos tenía palabras amables y frecuentemente con el don del conocimiento sobrenatural sabía dar respuestas de parte de Dios por encima de los conocimientos naturales. En el Proceso de canonización hay decenas de testimonios de personas que la visitaban buscando consejos y paz interior.

En tiempo de guerra, cuando el pan era escaso, cedía su ración a las hermanas más jóvenes. Pedía, a menudo, permiso para privarse de alguna fruta o de algún dulce, en ocasiones especiales, para dárselos a otros que los recibirían con agrado. Cuando le hacían regalos pedía enseguida que sirvieran para una lotería en favor de las Misiones.

Llamaba pequeñas amas a las muchachas y lavaba y peinaba a los niños que se presentaban sucios, para que entraran en las clases bien arreglados.

Manifestaba el deseo de que los ricos dieran a los pobres y cuando alguno le entregaba un donativo, lo llevaba a la Superiora y era feliz cuando ésta se servía de ella para darlo a los pobres.

En tiempo de carnaval las niñas que asistían a las representaciones en el pequeño teatro comían naranjas y caramelos. La Madre Negrita se dio cuenta de que una muchachita, muy pobre, para no quedar mal, recogía a escondidas las cáscaras que las otras tiraban: así, podía parecer que también ella había comido la fruta. Con prudente delicadeza la Madre Bakhita le pasó una naranja.

Como portera se daba cuenta muchas veces de que las bolsas de algunos niños no contenían más que un pedazo de pan. Entonces acudía a la Superiora para que añadiera al pan alguna cosa que los saciara y los pusiera contentos ²⁸.

Giuseppina Martini declara que en junio de 1943 tenía 18 años y un día fue con sus compañeras de trabajo a un retiro al convento de Schio. Se puso a llorar y Bakhita se le acercó para saber qué le pasaba. Le contó que se había enterado de la muerte de su hermano en la guerra. Bakhita le dijo: *No llores, él*

²⁷ Sum doc, p. 355.

²⁸ Zanolini, p. 207.

ahora te ayuda desde el cielo. Giuseppina no olvidará nunca la caricia de Bakhita que acompañó sus palabras ²⁹.

Bakhita seguía en su camino imparabile hacia la santidad y el 10 de agosto de 1927 hizo sus votos perpetuos, sellando así para siempre su compromiso total como esposa de Jesús.

VIAJES MISIONEROS

El año 1933 Bakhita recibió el mandato de las Superioras de visitar las Casas de la Congregación para animar a todos a servir y colaborar con las misiones.

He aquí el testimonio de la Madre Misionera Leopolda Benedetti, que la acompañaba: *En el mes de mayo de 1933 recibí el mandato de mi peregrinación con la Madre Negrita. Mi cometido era ayudarle con el idioma, ya que no podía hacerse entender con su imperfecto dialecto veneciano, a aquella muchedumbre que la rodeaba. La tenía siempre junto a mí, mientras yo hablaba de las Misiones. Al final de la breve y sencilla conferencia la invitaba a que dijera unas palabras de su corazón. Inmediatamente se ponía de pie y con sus gestos, graciosos pero naturales, daba las gracias a todos, saludándolos cordialmente y les prometía su recuerdo perenne en la oración diciendo que los quería ver a todos, verdaderamente a todos, en el Paraíso.*

Después bajaba del escenario, y todos querían besarle la medalla, oír alguna palabra, pedirle una oración para obtener gracias especiales, le pedían que firmara ejemplares de: “Una Historia Maravillosa”. Grupos de colegialas, de jóvenes y de mujeres la hacían sentarse en medio de ellas para escuchar mejor algún hecho particular de su vida.

La Madre Bakhita, siempre complaciente, daba gusto a todos y con gran sencillez, fruto de la humildad, bendecía con la medalla de la Virgen a los niños y a los enfermos que le presentaban, diciéndoles palabras de confianza en la intercesión de la Virgen y en la bondad del Señor.

Además de las ciudades de Florencia, Lodi, Módena, Ancona, Brescia, Bassano, Trento y otras más, quisieron ver a la Madre Negrita muchos pueblos de varias provincias. En un pueblo fue tal la concurrencia (4.000 personas) que querían que subiera al púlpito para verla mejor ³⁰.

²⁹ Zanini p. 92.

³⁰ Sum doc, pp. 360-363.

Estallada la guerra de África, el entusiasmo por Bakhita alcanzó lo inverosímil. Por las calles era tanta la gente que la rodeaba que un día tuvo que pararse el tranvía, deteniéndose el tráfico durante un breve tiempo.

Escribió una Madre, maestra en la Escuela Especial de Vescovera di Broni, donde la caridad canosiana hace el milagro de dar la palabra a las sordomudas y de educarlas para la virtud y para la vida: *“A Vescovera di Broni en la provincia de Pavía, llegó la Madre Bakhita en un día de fiesta. Tres sordomudas hacían su consagración virginal al Señor. La Madre Bakhita revivió los momentos más luminosos de su redención en Cristo. Una bien lograda fotografía la retrató a ella, negra (color de África como la definió una sordomuda) en medio de los blancos vestidos y velos de las festejadas, en un pintoresco rincón del parque, sobre el verde prado cubierto de margaritas”*. La Madre añade: *“Bakhita al principio asustó a las más pequeñas, pero después, además de llamar la atención por su color de África y por “Una Historia Maravillosa”, atrajo a todos por la bondad que traslucía su rostro dulce y su bella sonrisa. Las sordomudas y cuantos acudieron a verla conservaron de ella un grato recuerdo”*³¹.

Recorriendo casas estuvo dos años enteros (1936-1938). Para ella fue un gran sacrificio, porque tenía ya bastantes achaques, tenía 64 años, pero sobre todo porque era muy tímida y no le gustaba hablar en público. Hacía un esfuerzo y, aunque hablaba poco y a veces no se le entendía bien, por lo que la otra hermana debía traducir algunas cosas, sin embargo, todos salían contentos de verla con su sonrisa y su espíritu de santidad reflejado en su rostro.

*Algunas veces la gente se extrañaba de ver una religiosa negra que en aquellos tiempos era muy raro, pero ella con su sonrisa trataba de romper el hielo y a todos les dejaba algún pensamiento religioso. Solía repetir: “Sed buenos, amad al Señor, orad por los infieles. Si supierais la gracia tan grande que es conocer a Dios”*³².

Terminada la misión que se le había encomendado, regresó a la casa de Schio en 1939. Pero ya nunca más volvió a la vida tranquila de la que había disfrutado años antes. A su fama creciente de santidad que conllevaba un reguero continuo de visitas, se sumó de nuevo la convulsión de la guerra (1939-1945). La casa de las hermanas se convirtió entonces en refugio de muchos vecinos. La gente quería estar cerca de ella. Pensaban que su persona era capaz de apartar todos los peligros y que así se salvarían.

³¹ Revista Vía Luminosa del 13 de julio de 1935.

³² Sum doc, p. 373.

SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Cuando pasaban las terribles formaciones aéreas sobre la ciudad, Madre Bakhita se quedaba tranquila, rezando y trabajando. “¿Madre —le decían— ha oído? Ha sonado la sirena. “Sí, corred al refugio vosotras, yo no tengo miedo. Dejadles que disparen, pero el que manda es el Parón” ³³.

Un día que la sirena se había prolongado por mucho tiempo, la Superiora le dijo a Bakhita: “Todavía tenemos a las huérfanas en el refugio y tendrán hambre, pobrecitas”. Bakhita respondió muy segura: “Ahora ya pueden ir al comedor, porque también los de las carretillas se van a comer”. En efecto, después de pocos minutos la sirena dio la señal de final del peligro. Llamaba “los de las carretillas” a los pilotos que bombardeaban, por el ruido que, guardadas las debidas proporciones, recordaba al de las carretillas sobre el empedrado.

Las Madres, preocupadas por ella durante el peligro, se ofrecían siempre a llevarla al refugio, pero ella respondía tranquilamente: “No, no, yo no me asusto, estoy en las manos de Dios. Él me salvó de los leones, tigres y panteras, ¿no pensáis que me salvará de las bombas? Id vosotras... Por lo demás, todavía un poquito y los de las carretillas se irán a casa” ³⁴.

BODAS DE ORO

En medio de la segunda guerra mundial, el 8 de diciembre de 1943, celebró sus Bodas de oro religiosas, 50 años de sus votos.

Las hermanas le hicieron el siguiente Recordatorio: La R. M. JOSEFINA BAKHITA, flor del desierto africano, por brutales manos raptada en su abrirse a la vida, vendida y martirizada, pero recogida y trasplantada en Italia por infinito amor, celebra hoy EL CINCUENTENARIO DE SU VIDA RELIGIOSA, entre las hijas de la beata Magdalena de Canosa, que desde 1890, en la Casa de los Catecúmenos en Venecia y en esta de Schio, la envolvió en una aureola de gracias que a todos la hizo queridísima.

La iglesia estaba abarrotada de gente que quería homenajearla. Ella aceptaba las felicitaciones y sonreía a todos. Fue un día de cielo en el camino de su viaje hacia la eternidad del cielo.

³³ Sum doc, p. 385.

³⁴ Ib. p. 387.

EL ÁNGEL CUSTODIO

En la *Positio super virtutibus*, la Madre Turco contará lo que le dijo Bakhita un día: *Cuando con su compañera quiso huir del amo, mientras todo alrededor estaba oscuro y ellas se internaban en el bosque, ella vio en el cielo una bellísima figura rodeada de luz que, sonriéndole, le indicaba el camino a seguir y le daba tranquilidad ante el miedo de la noche. Al amanecer la figura desapareció. Después de muchos años, cuando era religiosa y sacristana, una mañana, abriendo la puerta que da al presbiterio, vio a su costado un bellissimo joven refulgente de luz. Se detuvo, lo reconoció y recordó cuando vio aquella figura hermosísima en el cielo cuando siendo niña huía de su amo. Quiso hablarle, pero no le salió ninguna palabra. El joven le sonrió y desapareció. Yo le pregunté: “¿Habrá sido su ángel custodio?”. Me respondió: “Eso mismo pienso yo, pero no se lo diga a ninguno. Y yo prometí no hacerlo”³⁵.*

A Bakhita le encantaba rezar el rosario en compañía de su ángel custodio. Un día no pudo asistir a misa y una hermana le dijo: *¿Le desagrada no haber podido asistir a misa?* Respondió: *Cuando no pueden llevarme, paciencia, mando entonces a mi ángel de la guarda para que en mi nombre asista a misa y me cuente.*

Tuvo siempre mucha devoción a su ángel custodio y aseguraba que la había protegido desde niña de muchos peligros de alma y cuerpo.

DON DE PROFECÍA

*La Madre Pía Dal Cantón —cuenta la Madre Luigia Riva— estaba en Schio, en la Casa Cáritas, gravemente enferma; se creía que moriría de un momento a otro. La Madre Bakhita, a quien comuniqué la triste noticia, me dijo muy segura: “Esté tranquila, la Madre Pía no se muere por ahora. Dele mis saludos y dígame que rezo por ella”. La Madre Pía Dal Canton, efectivamente, vivió alrededor de otros seis años*³⁶.

La Madre María Cavaliere refiere: “Vuelta de Adis Abeba, pregunté a la Madre Bakhita si iría yo de nuevo a las Misiones. Ella me dijo que no, porque debía trabajar aquí en Italia. Más tarde me pareció que su previsión había sido equivocada, porque fui destinada a las Misiones de China. Saqué el pasaporte y llegué a Génova con las otras hermanas, pero, no sé por qué razón, llegamos

³⁵ Zanini p. 105; Sum doc, p. 340.

³⁶ Sum doc, p. 421.

tarde y la nave ya había zarpado. Ya no partí, mientras que las otras hermanas, unas 18, fueron saliendo por barco o avión” ³⁷.

La señora Rosa, vecina de la casa de Schio, había quedado viuda, un día se acercó a confiarle a la Madre Bakhita, su dolor por la muerte de su marido y porque no encontraba, a pesar de que había buscado por toda la casa hasta en los últimos rincones, el testamento y un giro. Antes de que la señora acabara de hablar, la Madre Bakhita le dijo: “No llore: el testamento que busca lo tiene en su casa y también el giro. De vuelta en casa encontró, efectivamente con facilidad, el testamento y el giro” ³⁸.

A la Madre Walburga Ricchieri, su Superiora, que viajaba a Venecia para los Santos Ejercicios, le predijo que ya no volvería, porque sería reelegida Superiora Primaria. Y así fue ³⁹.

La madre de don Giovanni Munari iba con frecuencia a ver a la Madre Bakhita para pedirle oraciones cuando Giovanni, todavía seminarista, fue internado en un sanatorio antituberculoso. Bakhita trataba de consolarla y una vez le dijo: “Giovanni debe curarse, ¿qué hago yo pobrecita en este mundo? Yo ofrezco mi vida para que se salve la de Giovanni, que debe llegar al sacerdocio y salvar muchas almas” ⁴⁰. Y así fue.

La Madre Vanda Merlo, que deseaba enormemente ir a misiones, o al menos hacer de enfermera, le preguntó un día: “¿Voy a ir a las misiones?”. Y Bakhita respondió: “No, no te irás nunca. Tu misión es educar a los pequeños en Italia y harás de enfermera solo de vez en cuando”. Sus palabras se hicieron realidad.

En tiempo de guerra, Madre Teresina Maiani pidió a Bakhita que rezara por su hermano militar del que hacía mucho tiempo que no tenía noticias. La Madre prometió sus oraciones y dijo que pronto sabría algo. Al día siguiente tuvo noticias de él por la radio.

La directora, Madre Clotilde Sella, declaró que cuando Bakhita tranquilizaba a las personas, sus palabras tenían un tono de certeza. Y añade que demostró la misma seguridad respecto a nuestra Casa en relación con los bombardeos durante la II Guerra mundial. Nos repetía: “No va a ocurrir nada”.

³⁷ Ib. p. 296.

³⁸ Ib. p. 53.

³⁹ Ib. p. 383.

⁴⁰ Sum doc, p. 7.

A nosotras, de hecho —continúa la madre Clotilde—, nos daban pena los alumnos de nuestra escuela. Pero varias veces nos dijo que quedaríamos tranquilas, porque los cuartos de Schio no se dañarían con las bombas. Todos los habitantes consideraron proféticas estas palabras.

Un padre barnabita atribuía su vocación a que cuando tenía siete años le dijo Bakhita: *Solo te falta una cosa, cuando crezcas tienes que ir a anunciar el nombre de Jesús a la misión. Giannino, que así se llamaba, llegó a ser un gran misionero* ⁴¹.

A veces decía: *¡Me ha querido tanto la Virgen! He tenido la suerte de entrar al convento en la fiesta de la Inmaculada y ahora voy a terminar mi vida en otra fiesta de María* ⁴². Murió un sábado.

El 8 de febrero de 1947, el día de su muerte, Bakhita pidió la comunión a las 11.30 a.m. Una hermana le dijo: ¿Tan tarde? Y respondió: Sí, porque será la última. Y así fue, murió por la tarde ⁴³.

Cada vez que la Superiora tenía que viajar a Vicenza o a otra localidad, se encomendaba a las oraciones de Madre Bakhita que, con convicción, le decía: “No tenga miedo, no le va a pasar nada”. En realidad, todo fue siempre bien.

Algunos jóvenes, antes de salir para el frente, quisieron despedirse de ella: “Seguro que no volvemos a casa, pero tú reza por nosotros”. Madre Morenita contestaba: “Yo os recordaré, pero estoy segura de que volveréis”.

Cuando acabó la guerra, incluso antes de ver a sus familias, aquellos jóvenes volvieron a darle las gracias. A un joven militar, de nombre Luigi, que iba a la guerra, Bakhita le dijo: “Volverás, yo voy a rezar por ti”.

En Tobruk, en aquella desastrosa batalla, logró salvarse refugiándose en un agujero abierto por una bomba... De regreso a Schio, corrió enseguida a visitar a la Madre para darle las gracias. Ella, ya enferma, lo acogió llorando de alegría de poder verlo otra vez.

⁴¹ Diario, p. 104.

⁴² Diario, p. 107.

⁴³ Diario, p. 110.

HECHOS EXTRAORDINARIOS

El día de su muerte o al día siguiente, un padre de familia fue a visitar el cadáver de Bakhita en la capilla ardiente. Era el 8 de febrero de 1947. Era un hombre desesperado porque había perdido el trabajo y, si no encontraba otro pronto, podía perder hasta la familia. Pide ayuda a Bakhita y a las pocas horas ese mismo día encuentra trabajo en el lanificio Cazzola.

Otro caso contado por una señora en una carta del 21 de mayo de 1947: *Tenía a su hijo y a su esposo en la campaña de Rusia en la segunda guerra mundial y desde hacía seis años no tenía noticias de ellos. Le rezó a Bakhita por ellos, cuando supo que ella acababa de morir. Un mes después recibió con diferencia de pocos días carta de su hijo y de su esposo que estaban en sitios diversos y que volverían en poco tiempo* ⁴⁴.

La historia de Giuliano es singular. Se pasa muchas horas en el santuario de santa Bakhita en Schio ayudando a los visitantes. Es un devoto especial de la santa. El año 2016 pierde diez kilos de peso. Los médicos no encuentran la causa. Después de dos meses pierde otros diez kilos y estaba ya muy delgado. Por fin los médicos descubren un virus. Le dan medicinas, pero no le hacen nada. Prueban con un medicamento nuevo y se va recuperando poco a poco. En marzo de 2017 la doctora le dice que el virus ha desaparecido. Él considera que fue un milagro conseguido por intercesión de santa Bakhita, ya que todos sus familiares habían ido a la tumba de la santa a rezar por su salud. Cerca del santuario un hombre de 37 años fue curado de modo inexplicable de leucemia fulminante ⁴⁵.

Una joven africana llamada Prisca refiere: *Cuando estábamos celebrando en Schio la canonización de Bakhita el año 2000, yo debía leer una lectura en la misa. Me había olvidado de apagar mi móvil. Alguien me llamó. Era mi hermana desde Uganda que me dijo que mi padre se estaba muriendo. He llorado. Estaba en el santuario de Bakhita de Schio y lo he encomendado a esta gran santa. Terminada la misa, de nuevo me llamaron de Uganda. Yo pensaba que me dirían que mi padre había muerto, pero mi hermana me dijo que mi padre estaba mucho mejor y pude hablar con él. Dos horas antes se estaba muriendo y dos horas después estaba bien. Desde ese día, he querido conocer a fondo la vida de Bakhita y le soy fiel devota* ⁴⁶.

La señora Sonia nos dice: *Desde que era jovencita sufría de fuertes dolores en el aparato genital y repetidamente los médicos me habían dicho que*

⁴⁴ Zanini, pp. 63-64.

⁴⁵ Zanini, pp. 77-79.

⁴⁶ Zanini, pp. 111-112.

no podría tener hijos a no ser por fecundación asistida. Sin embargo, después de un año de matrimonio, quedé encinta. En la tercera semana tuve fuertes contracciones. Al tercer mes la doctora me trató mal, diciéndome que el niño tenía problemas y que no podría llevar a término el embarazo. Al quinto mes, el médico me anunció que el niño en mi vientre no crecía y que debía abortarlo. Yo decidí tenerlo mientras estuviera vivo. Rezamos con mi esposo intensamente a santa Bakhita y al próximo control el niño había crecido 21 centímetros. En el octavo mes me explicaron que el niño era alimentado solo con una sola arteria umbilical. Decidieron que el parto fuera por cesárea y la víspera por la noche soñé con Bakhita, que me dice textualmente: “¿Te acuerdas cuando en tu vientre tu niño no crecía y después en solo 10 días había superado toda expectativa? He sido yo quien ha hecho eso”.

*Sonia cree que fue un milagro y el 21 de abril de 2009 nació sana María, que fue recibida como un regalo de Dios*⁴⁷.

*Nos dice Alessandra: En 1998 me casé, después de dos años, estábamos preocupados por no tener hijos. Fuimos al ginecólogo y nos dijo que todo estaba bien, pero el hijo no llegaba. Decidimos rezar a Bakhita. Era el 30 de marzo del 2002. Después de algunas semanas me hice un test y salió positivo. Estaba embarazada. Echando cálculos, observé que quedé en estado después de la primera oración a Bakhita. Nació mi hijita y le pusimos por nombre Magdalena Bakhita y ahora todos la llaman Bakhita*⁴⁸.

*Mario tiene 48 años y nos cuenta. Todo sucedió el año 2000. Era guía turístico en un pueblo de Cerdeña. Comencé a sentirme mal y tenía 40 de fiebre. Fui a urgencias. Tenía las uñas moradas, no podía respirar, tenía pulmonía. Tenían que ponerme máscara de oxígeno. Después de tres meses de estar en el hospital no había mejorado casi nada. Un día me agravé. Los médicos dijeron a mi familia que probablemente no pasaría de esa noche. Había perdido unos 30 kilos. Una noche soñé con una mujer negra que me dijo con una sonrisa: “Qué haces, levántate”. No puedo, respondí. Por la mañana me sentía mejor. He podido comer algo. En la tarde he visto de nuevo a esa religiosa negra en la televisión y he entendido quién era. En una semana estaba sano y abandoné el hospital*⁴⁹.

Y sigue diciendo: Ahora hablo a todos de Bakhita y distribuyo imágenes suyas. La siento siempre presente.

⁴⁷ Zanini, pp. 128-129.

⁴⁸ Zanini, pp. 86-87.

⁴⁹ Zanini, pp. 96-97.

ANÉCDOTAS

“¡Uh, qué negra es!” exclamó una hermana viéndola por primera vez. “Bendita, —respondió Bakhita—pero mi alma es blanca”.

Le dolía mucho la pierna que había sido más martirizada y se hizo visitar por el médico, este distraídamente le dijo: “Quítese la media, hermana”. Ella respondió: “No es posible porque así la ha hecho el Señor”⁵⁰.

A quien le decía que tenía los dientes blanquísimos y sanos, le respondía riendo: “¡Eh, de pequeña no he comido caramelos!”.

“¿Es verdad, Madre, que usted de joven era muy bella?”. “No lo sé —respondió—, sé que si el alma no es bella se va con el cuerpo al infierno”⁵¹.

Un asistente que entró al servicio de un oficial que vivía enfrente de la puerta del convento, por mirarla se dio con la cabeza en el cristal de la ventana y lo rompió. Bajó y se lamentó: “Esa Madre Negra me ha costado cinco liras”. Bakhita que lo oyó, le respondió riendo: “Yo no lo he llamado para nada... podría ser menos curioso”⁵².

Durante la guerra de 1915-18 algunos soldados se pusieron de acuerdo y al pasar la Madre Negrita hicieron un ruido espantoso para ver si ella se asustaba. Ella en cambio, permaneció tranquila, los soldados sorprendidos le preguntaban: “¿No ha sentido miedo?”. Les respondió: “No, cuando se tiene el alma en paz no se tiene miedo de nada”⁵³.

Algún tiempo antes de la guerra de 1915-18 tuvo una pulmonía grave; era feliz pensando en ir ya al Paraíso. Cuando el médico, contento, le anunció que

⁵⁰ Sum doc, p. 228.

⁵¹ Ib. p. 413.

⁵² Ib. p. 365.

⁵³ Ib. p. 44.

*estaba fuera de peligro, exclamó desconsolada: “¡Qué pena! ¡El tren casi había llegado!”*⁵⁴.

Un día Su Excelencia Monseñor Longhin, obispo de Treviso, fue a visitar el Instituto. Todas las hermanas estaban ya reunidas en la sala cuando llegó la Madre Negrita. Al ir a besarle el anillo al señor obispo tropezó y cayó, para su gran confusión, haciendo, sin intentarlo, una especie de postración a la manera oriental.

*El obispo tomó la cosa a broma: “¡Oh! —exclamó— la Madre Bakhita quiere demostrarme cómo se saluda en África”. Y la Madre Negrita, levantándose, ayudada por una hermana: “Perdóneme que le haya caído delante”. Y Su Excelencia riendo: “Perdóneme usted porque no le he ayudado a levantarse”*⁵⁵.

*Oraba por los Superiores, que sabía cargados de responsabilidades espirituales y materiales y de tantas preocupaciones por las obras del apostolado, afligidos muchas veces por disgustos. Oraba y ofrecía el trabajo y los sufrimientos para obtener para ellos luz, fuerza, coraje y consuelo*⁵⁶.

*Con su natural sencillez, cuando intuía especiales preocupaciones en los Superiores, y podía, dejaba caer alguna palabra que les infundía confianza y esperanza. Particularmente, durante su larga enfermedad, los Superiores encomendaban sus dificultades a sus oraciones y la llamaban su: “Moisés orante”*⁵⁷. *Era muy devota del rosario y lo rezaba varias veces al día*⁵⁸.

⁵⁴ Ib. p. 401.

⁵⁵ Ib. p. 383.

⁵⁶ Sum doc, p. 375.

⁵⁷ Ib. p. 380.

⁵⁸ Sum doc, p. 217.

*La primera vez que monseñor Dalla Costa distribuyó la comunión a la comunidad, dijo a Madre Bakhita: “Hermana, ¡suba el velo!”. Creía que lo había puesto sobre la cara. Ella humildemente le contestó: “Yo soy negra, Monseñor”*⁵⁹.

*Cuando era muy ancianita caminaba muy despacio con un bastón. Un día una hermana se ofreció a ayudarla, pero le dijo: Dios se lo pague. Gracias, pero yo voy poco a poco, nadie me corre por detrás. Usted tiene tanto que hacer, pero si me da una mano para subir el escaloncito me hará una caridad*⁶⁰.

*Decía de ancianita: No deseo ni ir al paraíso ni permanecer aquí. Amo hacer lo que Dios quiere. Él sabe que existo. Él dispondrá, por lo demás ir o permanecer son siempre cosas suyas*⁶¹.

*Cuando alguna hermana se excusaba de haberla dejado sola en su ancianidad, ella decía. Yo nunca estoy sola, tengo aquí conmigo a Jesús, a la Virgen, a san José y a mi ángel de la guarda y hablo con ellos. No tengan pena por mí*⁶².

*Como al final estaba muy delgada, decía: Soy solo piel y huesos, a mi muerte tendré una hermosa compañía que llorará mucho, la de los gusanos que no encontrarán carne que comer*⁶³.

*Un día alguien escuchó su historia y exclamó: Pobrecilla. Ella lo oyó y le dijo: Yo no soy pobrecilla, porque soy del Patrón y estoy en su casa. Todos los que no son del Señor, esos son pobrecillos*⁶⁴.

⁵⁹ Sum doc, p. 342.

⁶⁰ Sum doc, p. 406.

⁶¹ Sum doc, p. 16.

⁶² Sum doc, p. 382.

⁶³ Sum doc, pp. 384-385.

⁶⁴ Diario, p. 85.

Cuando en verano alguien se quejaba de tener demasiado calor cerca del fogón grande, ella comentaba: *El infierno sí es demasiado caliente y solo de aquello debemos tener miedo*. Sin embargo, era siempre atenta con las personas. Si alguien se sentía mal, de hacer algo le decía: *Deja que lo hago yo, porque el calor te perjudica* ⁶⁵.

Un día le mandaron bajar a la portería, porque alguien quería conocerla. Entonces Bakhita preguntó en son de broma a la Superiora: *Madre, si para leer, es decir, para leer el libro “Una historia maravillosa” se necesitan dos francos, para verme ¿cuántos harán falta?*

Cuando era responsable de la cocina y alguna ayudante cometía un fallo, la Superiora se lo reprochaba a ella y lo aceptaba con humildad. Decía: *Sí, Madre, perdóname, soy una pobre miserable, voy a esforzarme más. Reza para que pueda hacerlo mejor* ⁶⁶.

Cuando tenía la ocasión de ver de nuevo la iglesia del catecumenado, se arrodillaba frente a la fuente bautismal a besar la tierra exclamando: *Aquí, aquí me he hecho hija de Dios, yo, pobre esclava*. Y sus ojos brillaban de gozo ⁶⁷.

Si tuviera que estar toda la vida arrodillada, no sería nunca suficiente para expresar mi agradecimiento al buen Dios ⁶⁸.

⁶⁵ Diario, p. 87.

⁶⁶ Diario, p. 96.

⁶⁷ Diario, p. 76.

⁶⁸ *Ibidem*.

El médico que la atendía, el doctor Massimo Bertoldi, declaró que Bakhita sufría con buen ánimo y cuando le preguntaba cómo se sentía, contestaba: *Como le place al Señor (al Patrón) Él es quien manda* ⁶⁹.

Un día le preguntaron: ¿Irás pronto al paraíso? *Ni un minuto antes ni un minuto después. Cuando quiera el Patrón, yo soy una pobre criatura.*

Cuando la enfermedad se agravó, una hermana le dijo: *La tos no le deja en paz, ¿verdad? Respondió: Claro, la tos hace lo que el Patrón le manda y yo lo asumo hasta cuando él diga: “Basta”* ⁷⁰.

Cuando estaba para morir le dijo a la Superiora: *No sufras por mí. En el cielo estaré cerca de Jesús y obtendré para ti bendiciones especiales. Si el Patrón lo permite vendré a visitarte durante el sueño. En el paraíso voy a ser poderosa y conseguiré muchas gracias para todos* ⁷¹.

Cuando vea a san Pedro le pediré que avise a la fundadora, Magdalena de Canosa, y a la Virgen. Cuando me vean dirán: “Ah, estás aquí, querida, ven que nosotras te presentamos a Jesús ⁷².

Cuando estaba ancianita y veía de cerca la muerte le dijo un día a la Superiora. Yo no tengo nada. Los libros de la Regla, el manual del coro y la vida de Cristo. No los uso porque ya casi no veo. Solo me quedan el rosario y el crucifijo. Si usted quiere me desprendo también de ellos. Y en plan de broma: *Madre, ya no tengo ni siquiera carne para los gusanos, porque ahora soy solo piel y huesos* ⁷³.

⁶⁹ Diario, p. 81.

⁷⁰ Diario, p. 83.

⁷¹ Diario, p. 114.

⁷² *Ibidem*.

⁷³ Sum doc, p. 380.

Un día una hermana le preguntó: *¿Cómo se las arregla usted para ser tan buena? Y le respondió: ¿Cómo podría ofender a un Dios tan bueno cuando he servido a amos tan malos?*⁷⁴.

SU MUERTE

Siendo anciana, Bakhita sufrió varias enfermedades: bronquitis asmática, tos continua, artritis deformante, lo que le llevó a tener que usar primero el bastón y después la silla de ruedas. También tenía elefantiasis que le causaba dolores espasmódicos. Nunca se quejó y conservó inalterado su buen humor, edificando a todos. Su cama era un centro de espiritualidad, pues los visitantes salían edificados. Para ella vivir o morir no contaba. Lo importante era cumplir la voluntad de Dios. Durante su última enfermedad tenía siempre el rosario entre sus manos para rezar avemarías con su ángel.

*“La extrañaremos mucho”, le decían las hermanas, afligidas. “No, no, —respondía—yo estaré siempre junto a ustedes”*⁷⁵.

*Como si hablara de unas próximas bodas, le pedía a la Superiora que vistiera su cadáver con el hábito religioso, pero que fuera con el más gastado para no faltar a la pobreza. Aseguraba después: “Cuando haya muerto, no daré miedo a nadie”*⁷⁶.

*Los sacerdotes que la visitaban, salían de su cuarto edificados: El mismo confesor repetía: “¿Qué se puede decir a quien vive plenamente en la voluntad de Dios?”*⁷⁷.

*En los últimos días se tuvo la impresión de que algo le preocupaba y era verdad. El pensamiento de encontrarse ante la infinita Majestad de Dios le causaba alegría y temor al mismo tiempo. Alegría porque amaba a Dios y deseaba abismarse en Él, temor porque ella, pobre criatura, que se había visto tratar y vender como una cosa, no llegaba a comprender que Dios se dignara recibirla y tampoco sabía cómo debía saludar a este Rey de reyes. Finalmente se decidió a preguntárselo a la Superiora: “Cuando me presente al juicio de Dios: ¿qué saludo debo usar? ¿Diré: Alabado sea Jesucristo? Pero estarán allí también el Padre y el Espíritu Santo, y entonces ¿qué diré?”*⁷⁸.

⁷⁴ Sum doc, p. 100.

⁷⁵ Ib. p. 376.

⁷⁶ Ib. p. 377.

⁷⁷ Ib. p. 374.

⁷⁸ Ib. p. 373.

La Superiora sonrió y le dijo: “Diga el Gloria, será el saludo mejor”. Fue un alivio para Bakhita. Seguro, con el Gloria alabaría a la Santísima Trinidad. La sombra de la preocupación desapareció de su rostro y se quedó tranquila ⁷⁹.

“¿Qué hace, Madre Bakhita?” le preguntaban. “Eh, me voy poco a poco, paso a paso hacia la eternidad. Jesús es mi capitán, yo soy su asistente. Tengo dos maletas que llevar. Una de ellas contiene mis deudas y la otra, más pesada, los méritos infinitos de Jesucristo. ¿Qué haré antes de llegar al tribunal de Dios? Cubriré mis deudas con los méritos de la Santísima Virgen, después, al llegar, abriré la otra maleta, la de los méritos de Jesucristo y le diré al eterno Padre: “Ahora juzgad lo que veis” ⁸⁰.

Y queda tranquila porque el Padre la verá revestida de los méritos de su divino Hijo y de la Santísima Virgen y no podrá sino acogerla y agasajarla.

Pero de nuevo le sobreviene la duda de no poder entrar en el cielo a causa de su indignidad. Descubre, entonces, otra forma ingeniosa e infalible. “Cuando vea a San Pedro le rogaré que me llame a la beata Magdalena de Canossa y a la Virgen María. Vendrán ellas y me dirán: “¡Oh, estás aquí, querida! Ven que te presentaremos a Jesús”. Presentada por ellas no tendré ya miedo. Ellas, que la quieren, le enseñarán cómo saludarlo y estará ya segura de que nadie la rechazará porque dirá a San Pedro: “Cierra ya la puerta porque yo me quedo aquí” ⁸¹.

Estando ya en agonía tenía algunos momentos de desvariaba y decía: ¡Cómo pesan estas cadenas que tengo a los pies! De su inconsciente salían a relucir sus sufrimientos durante la esclavitud. En un momento de conciencia antes de morir, miró a un punto fijo: ¿Estás aquí? Ven, ven. Vamos donde la fundadora (santa Magdalena de Canosa). Cuando esté allá me quedaré para siempre (en el cielo). ¿Estaría viendo a la Virgen?

El 8 de febrero de 1947 a las 11.30 del día recibió la comunión y a las 3.30 p.m. la unción de los enfermos e hizo la renovación de los votos. La Madre Clotilde Sella relata: Yo la asistí desde las 17:00 horas del sábado, 8 de febrero, hasta pocos minutos antes de su muerte. Seguía repitiendo jaculatorias, hizo la renovación breve de los santos votos, después, cuando le recordé que era sábado, día dedicado a la Virgen, la Madre Josefina exclamó con alegría: “¡Qué contenta estoy... la Virgen... la Virgen!”. Estas fueron sus últimas

⁷⁹ Sum doc, p. 226.

⁸⁰ Ib. p. 393.

⁸¹ Ib. p. 354.

palabras inteligibles, eran alrededor de las 18:00 - 18:30. Después se le hinchó la lengua y ya no pudo pronunciar palabra: sin embargo, todavía daba señales de entender y se veía que con los labios seguía repitiendo las jaculatorias ⁸².

La Madre Anna Dalla Costa, que estuvo con ella en el momento de la muerte dice: *En los últimos instantes de su vida le sugerí las jaculatorias, Jesús, José y María... y la animaba a repetir las. A un cierto punto, a las palabras “y en mi última agonía” levantó la cabeza y los ojos al cielo, esbozando una sonrisa dulce y serena. Después se encogió sobre sí misma y expiró. Eran las 20:10 del 8 de febrero de 1947* ⁸³.

Con la muerte finalizó el sufrimiento, sobre su rostro descendió paz y la serenidad de las almas justas. Viéndola, venía a la mente la frase del Cantar de los Cantares: “Nigra sum sed formosa” (Negra, pero hermosa). Así la saludó un día el médico entrando en su habitación. Ella humildemente había exclamado: “¡Ojalá, el Señor me acoja con ese saludo!” ⁸⁴. *Sí, sí, así la habrá recibido: “Ven, Esposa mía, ven —le habrá dicho— eres negra, pero toda hermosa, y hermoso es tu amor, amiga mía, hermana mía y esposa”* ⁸⁵.

Hermosa, sí, con la hermosura de los ángeles, con el esplendor de la gracia, hermosa por el ardor de la caridad, por el perfume de la humildad, por el candor virginal, por la púrpura del martirio. “Nigra sum sed formosa” ⁸⁶.

Cosa extraordinaria, al morir no se puso rígida, conservó la flexibilidad y el rojo de los labios. Hasta los médicos estaban maravillados de modo que decidieron que la inhumación se retrasara hasta después de 60 horas de su muerte. Parecía que la buena negrita dormía un plácido sueño y que se despertaría de un momento a otro.

Una procesión enorme de gente desfiló para despedirse de la santa negrita. Muchos tocaban sus manos, sus pies, sus vestidos y después hacían la señal de la cruz. Se inclinaban en oración apoyando su cabeza sobre el féretro. Muchos tocaban sus restos mortales con crucifijos, medallas o rosarios para guardarlos como reliquias. Todos se maravillaban de la flexibilidad de su cuerpo, de sus brazos y de sus dedos. Hicieron que apretara algunos objetos con la mano, le pusieron y quitaron anillos. En algunos momentos sus dedos estaban literalmente cubiertos de anillos de oro que resaltaban sobre el negro de la piel. Levantaron sus manos para posarlas como bendición sobre la cabeza de algunos niños

⁸² Sum doc, pp. 226-227.

⁸³ Sum doc, p. 42.

⁸⁴ Sum doc, p. 386.

⁸⁵ Cant 4, 9.

⁸⁶ Cant 1, 5.

enfermos, pidiendo su curación. Al atardecer del día 10 de febrero de 1947, la mitad de sus vestidos habían desaparecido, cortados a pedacitos como reliquias.

La señora Gasparella pidió a la Superiora la gracia de depositar los restos de la Madre Bakhita en su tumba familiar. Lo que fue concedido.

La tumba de la familia Gasparella donde se enterró a Bakhita en el cementerio de Schio, está casi en el centro de una de las largas galerías porticadas en la parte izquierda del cementerio. Sobre un fondo verde resaltan una cruz de mármol blanco y un ángel con las alas extendidas que señala el cielo, como si Bakhita, aun después de muerta, quisiera a todos señalar el cielo, que es la meta a la que debemos aspirar.

CIRCULAR DE LA MADRE PROVINCIAL

Escribió la Madre Provincial el 22 de febrero de 1947: *La Madre Bakhita ha desaparecido en vuelo de amor, el 8 del mes en curso, en la Casa Canosiana de Via Fusinato en Schio, donde ha vivido durante 47 (léase 45) años. La perla preciosa recogida en el desierto africano, confiada por más de siete lustros a la Comunidad de Venecia, dada a conocer a todo el mundo, regalada a esta Provincia, era digna ya de adornar la frente de la Beata Magdalena, Madre nuestra y su valiosa conquistadora. Su alma era ya muy hermosa cuando vino a nosotras; pero bajo los golpes maestros del artífice insuperable que se llama "dolor físico" y que, en los últimos años especialmente, no le ha dado descanso, centuplicó su inicial valor, adquiriendo méritos, vivo esplendor que ha obligado a la Fundadora a reclamarla para sí.*

Debemos, sin embargo, reconocer que fue la suma benevolencia del Señor la que nos la ha dejado tantos años, hasta bien entrada la vejez, cuando sabemos que la longevidad no es prerrogativa de la raza negra y que el frágil cuerpo martirizado, pudo sucumbir en la primera juventud; y la misma divina benevolencia quiso quitar totalmente el velo que ocultaba una belleza insospechada, hacernos gustar no pocos consejos de una sabiduría bebida en las fuentes divinas, darnos un modelo perfecto de paciencia, de mortificación, de mansedumbre, de abandono, de olvido de sí, de caridad para con todos, y favorecernos con ayudas particulares, gracias a sus oraciones, y con suaves consuelos mediante sus palabras. A esa divina benevolencia, por tanto, damos las debidas gracias...

En Schio la memoria de esta hermosa alma crece cada vez más: muchos le atribuyen ya gracias y el reverendísimo Monseñor Delgado, Vicario Episcopal

*para las Religiosas de Vicenza, aconseja llevar cuenta de todo lo relacionado con la dulce difunta e invocarla y hacer que se la invoque*⁸⁷.

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

El milagro aprobado para su beatificación fue la curación de sor Angela Silla Mari, religiosa canosiana. Había gozado de buena salud, pero a los 18 años, hacia 1931 se cayó de la bicicleta golpeándose la rodilla izquierda, lo que produjo un fuerte dolor que desapareció poco a poco. Algún año después de su ingreso en las canosianas, concretamente en 1939, la hermana notó un dolor punzante en la rodilla izquierda que se consideró primero como artritis.

En 1940 el dolor aumentó y fue hospitalizada. Se le diagnosticó una artrosinovitis en la rodilla izquierda con abundante producción de pus, que debía extraerse cada ocho días con una jeringuilla. Había riesgo de tener que amputarle la pierna.. Se fijó la operación para el 12 de octubre de 1947. Sor Ángela comenzó una novena a la venerable Josefina Bakhita. La víspera de la operación tuvo un *sueño*. Dice: *Oí una voz que me decía: “Arriba, despierta, levántate y camina”.* Me levanté y podía sostenerme sin apoyo alguno y sin dolores. A la mañana siguiente los doctores declararon que no era necesario la operación. Estaba curada.

El milagro aprobado para su canonización ocurrió en Brasil. Eva da Costa vivía en Santos (Brasil) Se volvió diabética en 1976. En 1980 aparecieron profundas llagas infectadas en las piernas, diagnosticadas como ulceraciones infectadas en sujeto con la diabetes mellitus, hipertensión e insuficiencia crónica del círculo venoso. Estaban por amputarle las piernas ya que sus llagas eran verdaderamente horribles y profundas, con secreción de pus y sangre. Las terapias recibidas en los últimos 12 años no la habían mejorado y había peligro de gangrena. El 27 de mayo de 1992, después de orar intensamente a la beata Bakhita, comenzó a mejorar y se curó rápido y totalmente.

El 17 de mayo de 1992 fue beatificada por el Papa Juan Pablo II y canonizada el 1 de octubre del 2000. Su fiesta es el 8 de febrero, día de su muerte. Es patrona de las víctimas de la trata y de su país, el Sudán. Precisamente en el ábside de la catedral de El Obeid capital del Kordofan (Sudán) se ve un fresco de la Virgen que muestra África al Hijo que lleva en su seno. A los dos costados están santa Bakhita y san Daniel Comboni.

⁸⁷ Zanolini, pp. 236-237.

PALABRAS DEL PAPA

Juan pablo II dijo que ella era la hermana universal. Benedicto XVI nos dice: *En la catequesis oía decir que había un “Paron” (Patrón) por encima de todos los dueños, el Señor de todos los señores, y que este Señor es bueno, la bondad en persona. Se enteró de que este Señor también la conocía, que la había creado también a ella; más aún, que la quería. También ella era amada, y precisamente por el “Paron” supremo, ante el cual todos los demás no son más que míseros siervos. Ella era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba “a la derecha de Dios Padre”. En este momento tuvo “esperanza”; no sólo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa.*

A través del conocimiento de esta esperanza ella fue “redimida”, ya no se sentía esclava, sino hija libre de Dios. Entendió lo que Pablo quería decir cuando recordó a los Efesios que antes estaban en el mundo sin esperanza y sin Dios; sin esperanza porque estaban sin Dios. Así, cuando se quiso devolverla a Sudán, Bakhita se negó; no estaba dispuesta a que la separaran de nuevo de su “Paron”. El 9 de enero de 1890 recibió el bautismo, la confirmación y la primera comunión de manos del Patriarca de Venecia. El 8 de diciembre de 1896 hizo los votos en Verona, en la Congregación de las hermanas Canosianas, y desde entonces —junto con sus labores en la sacristía y en la portería del claustro— intentó sobre todo, en varios viajes por Italia, exhortar a la misión: sentía el deber de extender la liberación que había recibido mediante el encuentro con el Dios de Jesucristo; que la debían recibir otros, el mayor número posible de personas. La esperanza que en ella había nacido y la había “redimido” no podía guardársela para sí sola; esta esperanza debía llegar a muchos, llegar a todos⁸⁸.

El Papa Francisco en la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* N° 32 dice: *Depender de Dios nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad. Esto se refleja en santa Josefina Bakhita, quien fue secuestrada y vendida como esclava a la tierna edad de 7 años. Sufrió mucho a manos de amos crueles. Pero llegó a comprender la profunda verdad de que Dios, y no el hombre, es el verdadero Señor de todo lo humano, de toda vida humana. Esta experiencia se transformó en una fuente de gran sabiduría para esta humilde hija de África.*

⁸⁸ Benedicto XVI, encíclica *Spe Salvi*, 2007.

SANTOS NEGROS

San Benito de Palermo (1524-1589). En Brasil se le tiene mucha devoción y se le llama *são Benedito* o *preto y são Ditinho*. San Martín de Porres (1579-1639), peruano, que en realidad era mulato, hijo de madre negra y padre blanco español. Otros santos: san Moisés el negro (330-405), esclavo de Etiopía, patrón del continente africano.

El beato Antonio da Calatagirone fue un negro nacido en África de religión musulmana. Trabajaba en un barco corsario que fue apresado por las galeras de Sicilia que lo capturaron como esclavo y lo vendieron a Giovanni Landavula, quien lo dedicó al cuidado de sus rebaños. Antonio no buscó huir. Se convirtió al cristianismo y fue bautizado con el nombre de Antonio. Ahora se le conoce como el beato Antonio de Noto, muerto en 1549.

Antonio, etíope negro, muerto en 1561. Otro Antonio, negro etíope, muerto en 1580. Ambos franciscanos muertos en olor de santidad. Otro franciscano, fray Antonino, negro de Etiopía muerto en 1647 con fama de santo. Santa Efigenia (del siglo I), de Etiopía, muy venerada en Perú, Venezuela y Brasil.

La sierva de Dios Josefina Benvenuti (1845-1926) de Sudán del Sur fue raptada por negreros musulmanes, cuando tenía 8 años y vendida en el mercado de esclavos de Alejandría. Al fin la rescató el padre Nicolás Oliveri por 350 liras y la llevó a Italia. Educada cristianamente, desde el día en que fue bautizada y recibió la primera comunión a los 10 años, se entregó totalmente al servicio de Dios. Se hizo religiosa clarisa y en su comunidad era la alegría viviente. Era alegre y muy inteligente. Aprendió a tocar el órgano y cantaba muy bien. Llegó a ser abadesa de su monasterio.

Sor Teresa Juliana de Santo Domingo (1676-1748) fue esclava y religiosa dominica. Y no olvidemos a los mártires de Uganda y a otros muchos misioneros o no, religiosos y laicos, que dieron su vida por Cristo, aunque no estén canonizados. Algunos de ellos anglicanos en Uganda o en países musulmanes, donde eran llevados por los negreros árabes que los raptaban o esclavizaban y después eran vendidos como esclavos, al igual que santa Bakhita o Josefina Benvenuti.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído la vida de santa Josefina Bakhita, nos damos cuenta de que ella es un milagro de la gracia de Dios. Ella, una pobre esclava sin

cultura, que sufrió lo indecible de sus crueles amos, supo perdonar y supo mantenerse casta a pesar de las circunstancias adversas de la vida. Por supuesto que Dios la cuidó por medio de su ángel custodio, que se le presentó al menos en dos ocasiones especiales para hacerle sentir que no estaba sola y que él la protegía como si fuera uno de los espíritus protectores en los que creían en la religión de sus padres.

Bakhita sentía una nostalgia interior de algo grande, que no sabía explicar qué era, pero al mirar el cielo estrellado y las bellezas de la naturaleza se preguntaba: ¿Quién será el dueño de todas estas cosas? ¿Quién es el que hace encender esas luces de las estrellas en las noches y las apaga en el alba? Su alma sedienta de Dios, buscaba algo o alguien en quien poder confiar. En su corazón inquieto, al igual que san Agustín, buscaba sin saber qué, hasta que al final del largo camino pudo decir como él: *Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón esta insatisfecho hasta que descansa en ti* (Confesiones 1, 1).

Cuando conoció a Cristo y la religión cristiana, encontró al Dios creador, que era un Dios-Amor y fue para ella una transformación maravillosa. Su vida dio un cambio radical. Ahora podía sonreír de verdad porque era hija de Dios y, cuando hizo sus votos religiosos como esposa de Jesús, podía sentirse verdaderamente afortunada (Bakhita significa afortunada). Dios la había cuidado y protegido a lo largo de los difíciles caminos de su vida y la llevó a Italia donde pudo encontrar la paz que necesitaba y la fe que buscaba sin conocer al verdadero Dios. Entonces pudo decir como san Agustín: *Donde encontré la verdad, allí encontré a Dios* (Confesiones 10, 24, 35).

Aprendamos de Bakhita a confiar siempre en Dios en los momentos difíciles, sabiendo que Dios nunca nos abandona y está pendiente de nosotros. Además nos ha dado una madre como madre nuestra que es la Virgen María, que nos cuida y protege, y tenemos un ángel custodio que es un amigo fiel e inseparable para toda la vida.

Agradecemos a Dios por el gran regalo de la fe católica y tratemos de vivirla en plenitud para saber también compartirla con los que nos rodean.

Que Dios te bendiga, amable lector, por medio de María y de tu ángel custodio.

Tu hermano y amigo para siempre.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

